

# EL CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN VENEZOLANA

NÚÑEZ TENORIO



Colección  
Ideas Claves

## ***EL CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN VENEZOLANA***

José Rafael Núñez Tenorio

Colección: Ideas Claves

Ministerio del Poder Popular del Despacho de la Presidencia

Ediciones de la Presidencia de la República

Palacio de Miraflores

Caracas-Venezuela

[www.presidencia.gob.ve](http://www.presidencia.gob.ve)

Hugo Chávez Frías

**Presidente de la República Bolivariana de Venezuela**

Erika Farías

**Ministra del Poder Popular  
del Despacho de la Presidencia**

Norys Valero Altuve

**Directora General  
de Gestión Comunicacional**

Raúl Tamarís Estrada

**Director de Archivos y Publicaciones**

Gladys Ortega Dávila

**Jefa de la División de Publicaciones**

Diseño de portada:

Diagramación: Julio Añón

Corrección de textos: Xiomara Rojas

Depósito Legal: If53320113202635

Noviembre 2011

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

La venta de este libro  
es un acto contrarrevolucionario\*

**LIBRO**  
**GRATUITO**



## El carácter de la revolución venezolana

Camaradas y amigos presentes:

Agradezco a los organizadores de este Foro que pueda exponer ante ustedes mis ideas, haciéndolas extensivas al conglomerado universitario.

El tema de este foro, realmente, es bastante vasto. Con dificultad voy a realizar un esfuerzo por sintetizar nuestros conceptos personales sobre esta materia, que tanto interés despierta hoy en día.

En principio, he dividido la exposición en cinco grandes partes, en el esfuerzo de que pueda terminarla y de que Ustedes, por lo menos algunos, puedan acompañarme hasta el final. Estas cinco partes se refieren a lo siguiente:

1. Examinar los conceptos fundamentales del título del tema de la conferencia, es decir,

las nociones de revolución, carácter de una revolución y, por último, el problema de Venezuela.

2. En la segunda, me referiré en concreto al carácter de la revolución venezolana, aspecto que yo denomino —dentro de las categorías científicas del materialismo histórico— *lo condicionante* o el fundamento, o si se quiere, en unos términos más conocidos y dominados por Uds., el análisis exclusivo de *lo objetivo*.

3. Una tercera parte, desarrollará el problema de las fuerzas motrices de la revolución, que siempre está ligado al asunto del carácter de la revolución, como dos elementos inseparables. Las fuerzas motrices tipifican el papel de las clases sociales en la gesta revolucionaria, elemento que yo denomino *lo determinante*, como algo radicalmente diferente respecto a lo condicionante, anteriormente señalado, y que ya no es solamente lo objetivo, sino la unidad dialéctica de *lo objetivo* y *lo subjetivo*.

4. En cuarto lugar, está el asunto de la dirección de la revolución, que es otro aspecto vital, que llamo —en lugar de lo condicionante y lo determinante en relación al carácter y las fuerzas motrices respectivamente— *lo decisivo*, que tipifica el *factor subjetivo* exclusivamente. Diferenciando bien entre condicionante y determinante de una parte, y determinante y decisivo de la otra. Considero que si no se hace esta distinción no puede construirse una ciencia social. No se pueden manejar con elasticidad y profundidad las categorías de las ciencias sociales. Fue en base a estas diferencias como Marx edificó la economía política en el materialismo histórico, y el poco dominio de ellas imposibilita prácticamente la realización acertada de las ciencias sociales, como ciencias.

5. Por último, precisaré algunas conclusiones generales de toda mi intervención.

## 1. Conceptos fundamentales

### 1.1. ¿Qué es revolución?

Iniciemos, pues, la primera parte. En cuanto a los conceptos fundamentales, vamos a ver sucesivamente tres cuestiones:

1) ¿Qué es revolución? Aquí opondremos los conceptos de revolución y evolución social.

2) ¿Qué significa el carácter de una revolución? Compararemos entonces las categorías de carácter y fuerzas motrices.

3) ¿Qué es Venezuela? —puesto que se trata de la naturaleza de la revolución venezolana, haremos una síntesis apretada de las fuerzas productivas y las relaciones de producción en Venezuela.

Es clásico considerar que la revolución social es la forma resolutive que toma el tránsito



de un tipo de sociedad a otra. El paso de la hegemonía social —ejercido por la clase dominante— de una clase a otra. A esa clase dirigente se le denomina, en términos de categoría social, clase dominante. La contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción inherentes a toda sociedad llega a una fase conflictiva, en la cual, la única solución es la revolución social —según el célebre texto de Marx en el Prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Esta revolución destruye las viejas relaciones de producción e instaura otras, completamente nuevas. Ése es, pues, el concepto clásico marxista, la categoría incorporada por el marxismo en la concepción materialista de la historia sobre revolución social. Se trata, de la destrucción de viejas relaciones de producción y la instauración de nuevas relaciones de producción.

A diferencia de lo anterior, lo determinante de la revolución social es la conquista del poder político. Es a través de este poder como es posible instaurar esas nuevas relaciones de

producción. Es mediante el poder político que se realizan las grandes transformaciones económico-sociales.

Por último, lo decisivo, el factor subjetivo, constituye la dirección, la vía, el camino que toma la revolución —para ser o no consecuente— hasta el final. Así quedan planteadas las cosas globalmente.

Los ideólogos de la burguesía han considerado siempre y sostienen hoy que solo existe evolución social, y, en el caso de aceptar el término “revolución”, tratan de reducir este vocablo, de hecho, a una mera evolución. Pongamos un ejemplo. Es clásico señalar que la vía pacífica de la revolución es un exabrupto sin sentido, ni lógico, ni histórico. Podrá haber vía pacífica de la evolución social, pero no de la revolución. Para Marx, justamente, revolución significa lo contrario de la vía pacífica. Es posible la vía pacífica al socialismo, pongamos por caso, en cierto país y dentro de tales o cuales condiciones. Pero esa vía pa-

cífica al socialismo no es revolucionaria, es evolutiva. Revolución para Marx significa violencia, ruptura, conflicto. Significa justamente vía no pacífica. Marx y Engels elaboraron la tesis científica sobre el carácter natural, necesario y objetivo de la revolución social. Ésta es la idea central, es el punto de partida de la teoría de las fuerzas revolucionarias desde la segunda mitad del siglo pasado. Los ideólogos de la burguesía niegan este carácter objetivo y natural de la revolución. Como la revolución existe y ha existido históricamente, expresan que se debe a razones puramente subjetivas, impulsadas por un grupo de anárquicos o aventureros que la realizan, etc. Plantean que la revolución es algo azaroso, circunstancial, especie de anomalía o cáncer social.

De manera que, mientras el marxismo afirmó que la revolución social es algo objetivo, necesario, natural, la ideología burguesa, contraria, sostiene que no es algo objetivo sino subjetivo, que se debe a un grupo de hombres que conspiran y hacen la revolución;

que no es un proceso necesario sino azaroso, de manera que en tal país acontece la revolución porque alguien cometió un error; y que no es un proceso natural, sino artificial, algo que hace el hombre por encima o más allá de las leyes naturales objetivas.

El reformismo político y ciertas tesis revisionistas en el campo revolucionario parten de estas ideas para tratar de impregnar a las masas de resignación y un reformismo contrario a los objetivos revolucionarios. Es necesario afincarse, en consecuencia, en esta tesis central marxista y posteriormente marxista-leninista, en torno al carácter natural, necesario y objetivo de la revolución social.

Para el materialismo histórico, la revolución es un proceso ineluctable; es el resultado inevitable de un desarrollo objetivo contradictorio de la sociedad dividida en clases, sometido a leyes histórico-naturales. Para Marx, las revoluciones son las locomotoras de la historia. En su apariencia exterior se manifiestan

como destructoras, violentas, negativas... pero esa apariencia esconde la verdadera esencia. En verdad, su auténtico contenido es progresivo, constructivo, positivo y hace dar saltos extraordinarios al progreso humano. Por eso, hace falta rescatar hoy la prístina idea marxista sobre la categoría científica de *revolución social*, frente a las concepciones burguesas y reformistas.

La oposición categorial fundamental estriba en el justo dominio de los conceptos de revolución y evolución social. El enfrentamiento entre una y otra categoría. Cuando no se comprende el vínculo dialéctico entre evolución y revolución, es imposible apreciar en toda su significación la concepción teórica de revolución social. Se cae entonces, inevitablemente, en las dos desviaciones ideológicas fundamentales que conoce el movimiento revolucionario mundial en torno al problema concreto de la revolución: *reformismo* y *aventurerismo*.

Reformismo significa tomar en cuenta solo la evolución subestimando la revolución. Apreciar exclusivamente los cambios cuantitativos, las reformas parciales, y no colocar esos cambios cuantitativos y esas reformas al servicio de un salto cualitativo posterior, esto es, en función de la revolución. Y aventurerismo, por el contrario, quiere decir, despreciar la evolución previa, la necesidad de los preparativos inevitables de toda revolución, no tomar en cuenta al proceso evolutivo real y tangible y hablar, escribir y gritar “revolución” con mayúscula, como si solo, mediante ese simple acto subjetivo e individual —escribiendo o gritando “revolución”— se va a realizar verdaderamente el proceso revolucionario. Por eso, entonces, se trata de asimilar profundamente el vínculo dialéctico real entre evolución y revolución para evitar deslizarnos en las dos desviaciones fundamentales, que desde el punto de vista ideológico siempre están presentes: el reformismo y el aventurerismo.

La raíz ideológica de ambos, como ustedes conocen, es el *subjetivismo*, desde el punto de vista de la teoría; es decir, una teoría que no refleja objetivamente la realidad, sino que la distorsiona al capricho del sujeto, del analista. El subjetivismo siempre está presente en el seno del movimiento revolucionario en mayor o menor grado. La primera diatriba del movimiento revolucionario en sus orígenes es la lucha contra el empirismo y el dogmatismo, como formas particulares de subjetivismo. El empirismo es el simple desconocimiento de la orientación teórica, actuar como brujos de la revolución, ser practicante, desdeñar la teoría científica. Por lo general, todo movimiento revolucionario en su nacimiento es empirista. Pero una vez que se leen y estudian los textos universales del marxismo-leninismo se cae, entonces, en la desviación opuesta: el dogmatismo. Se quiere aplicar en forma mecánica las enseñanzas universales a cada país concreto, ignorando la problemática específica de cada nación. Por eso, en una primera fase de la lucha, el subje-

tivismo se expresa tanto por el empirismo como por el dogmatismo. En nuestra opinión, éste es el caso actual de Venezuela.

Solo en una segunda etapa del combate —que entiendo no la tenemos aún— aparece la pugna entre dogmatismo y revisionismo. En su raíz ideológica, los errores cometidos por los revolucionarios venezolanos son empiristas o dogmáticos, pero no revisionistas. El dogmatismo, en este caso, tipifica la posición que ignora los nuevos cambios acaecidos internacional y nacionalmente, las modificaciones sucedidas en las formas de los acontecimientos y de los procesos sociopolíticos y quiere ver exactamente igual que antes los sucesos históricos. Y el revisionismo, por el contrario, no se contenta con interpretar y asimilar los cambios de las nuevas formas, sino que quiere incluso transformar los propios principios de la revolución, poniéndolos en dudas, sustituyéndolos por otros, completamente diferentes. Desde luego, para alcanzar este segundo período,



donde la pugna no es entre empirismo y dogmatismo sino entre dogmatismo y revisionismo, se tiene que estar ya en un estadio muy alto de desarrollo revolucionario, científico e ideológico, que es, justamente, el que existe a escala del movimiento comunista internacional, pero que yo entiendo no existe todavía en Venezuela.

En consecuencia, tenemos planteada la lucha contra el empirismo, como desconocimiento del marxismo; el combate contra el dogmatismo, como aplicación esquemática del marxismo a nuestro país, y, también, la batalla contra el revisionismo a escala internacional, en función de crear y elaborar una política científica, objetiva y revolucionaria. Es decir, destacar la ciencia ante la simple experiencia cotidiana; oponer la objetividad teórica al simple dogmatismo conceptual, en fin, enfrentar lo revolucionario a lo revisionista. Eso es lo que tenemos planteado hoy los revolucionarios venezolanos. De este modo, pienso que dejo globalmente claro el con-

cepto de revolución social en una primera aproximación. Al menos, ésta es la noción de revolución social que voy a manejar en el curso de esta exposición.

## **1.2. ¿Qué significa carácter de una revolución?**

El carácter de una revolución viene dado por el factor fundamental, la contradicción económico-social entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y la naturaleza de las relaciones de producción de una sociedad. Éste es el "abc" de sociología marxista que todos ustedes conocen.

El carácter de una revolución es el elemento objetivo, condicionante, básico en el enfoque científico de toda revolución social. Apunta a la destrucción de las viejas relaciones de producción y a la instauración de otras nuevas, en consonancia con el grado de desarrollo alcanzado hasta entonces por las fuerzas productivas.

Pero acá nos interesa diferenciar nítidamente entre lo condicionante y lo determinante, entre el carácter de una revolución y las fuerzas motrices de la misma, que son dos cosas completamente distintas. Si ellas no quedan bien esclarecidas en su diferencia es imposible intelegir con precisión una concepción marxista sobre la revolución. Las fuerzas motrices de una revolución, en lugar de ser el elemento condicionante, son el factor determinante, causal, del movimiento revolucionario.

Si, en el caso del carácter de una revolución, hacemos referencia a la estructura económico-social, el aspecto exclusivamente objetivo, a la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; si, el carácter designa el fundamento, es decir, lo que sirve de base, lo condicionante, en función de destruir viejas relaciones de producción e instaurar otras completamente nuevas... las fuerzas motrices, por el contrario, apuntan ya no a la estructura socioeconó-

mica, sino a la estructura sociopolítica. Ya no reflejan solamente la naturaleza objetiva de una revolución, sino la síntesis dialéctica de lo objetivo y lo subjetivo. Ya no expresan la contradicción del modo de producción de una sociedad, sino la contradicción de la lucha de clases. Ya no es simple fundamento o condición, sino que es la causa, el factor determinante. Ya no destruye o construye nuevas bases económicas, sino que las fuerzas motrices derrocan e instauran gobiernos, poderes políticos. Es decir, una apunta a lo económico-social, meramente objetivo, en tanto que la otra se refiere a la estructura del poder político-social, que es unidad de lo objetivo y lo subjetivo.

De modo, pues, que las fuerzas motrices de una revolución son el factor determinante: es el combate en el plano social, la lucha de clases, en nuestro caso, entre burguesía y proletariado. Este papel de causa principal lo cumple la clase que, a través de la acción revolucionaria de masas, destruye el viejo poder

y edifica el nuevo Estado. Por eso las fuerzas motrices, unificando lo objetivo y lo subjetivo, son el factor determinante de la revolución y no son un elemento meramente condicionante.

Si lo esencial del carácter de una revolución es su contenido objetivo económico-social en función de la contradicción que se resuelve entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción de una sociedad, estableciendo un determinado régimen económico-social, lo esencial de las fuerzas motrices son las clases que realizan la revolución y el tipo de poder político que esas clases instauran. De manera que nos encontramos con la siguiente situación, justamente acercándonos a la realidad venezolana. Una revolución puede tener un determinado carácter, por ejemplo burgués, aún cuando sus fuerzas motrices principales no correspondan exactamente a ese carácter. Tal es el caso de la Revolución China, que fue una revolución democrático burguesa por su carácter hasta el

año 1949, pero que no fue dirigida por la burguesía, sino por el proletariado, y por eso la Revolución China pudo pasar de democrática a socialista en forma ininterrumpida.

Como hemos comparado el carácter con las fuerzas motrices, sería bueno decir algunas ideas sobre la cuestión tan importante de la dirección de la revolución. La dirección de la revolución ya no se refiere a la estructura económico-social, ni a la estructura sociopolítica, sino que corresponde al asunto político ideológico, al factor subjetivo de la revolución. No se trata de la naturaleza objetiva, en el caso del carácter, ni la unidad de lo objetivo y lo subjetivo, en relación a las fuerzas motrices, sino a lo subjetivo nada más, al papel decisivo de lo subjetivo.

¿Qué contradicción resuelve? Si, primero, era la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; si, en segundo lugar, era la contradicción entre las clases en combate (burguesía y proletariado);

el factor subjetivo resuelve la contradicción de la batalla ideológica: la discusión de las ideas como expresión de la lucha de clases. Y si el carácter es lo condicionante, si las fuerzas motrices son lo determinante, ¿qué es la dirección de la revolución? Decimos que es lo decisivo. El papel consciente, dirigente, del hombre tiene una función decisiva, una vez que están en juego las fuerzas determinantes objetivas. Si la base económico-social impulsa a crear nuevas relaciones de producción destruyendo las viejas, si las clases sociales aniquilan poderes políticos y edifican nuevos gobiernos, ¿qué destruye y qué construye el factor de la dirección de una revolución? Podemos decir, ya en el plano del discurso teórico, que liquida viejas ideas, ideas "obsoletas y periclitadas", forjando nuevas concepciones, las ideas del porvenir, las tesis revolucionarias y progresistas.

De este modo, queda planteada la situación en relación a los tres factores: lo condicionante, lo determinante y lo decisivo.

Creemos que de esta manera se clarifica el concepto de carácter de una revolución.

### 1.3. ¿Qué designa Venezuela?

Necesitamos ahora resumir algunas nociones sobre Venezuela, ya que se trata del carácter de la revolución venezolana. Serán un poco rápidas y apretadas, puesto que entiendo que los otros expositores enfocaron con más tiempo la problemática económica del país.

Creo que la única manera de hablar sucintamente de Venezuela es en relación al grado de avance alcanzado por las fuerzas productivas y el carácter de las relaciones de producción en nuestro país. Desde luego, hablar en forma sintética y que interese a la cuestión de la revolución social.

En cuanto al progreso conquistado por las fuerzas productivas, podemos plantear el siguiente resumen. En relación a la fuerza de trabajo venimos arrastrando dos tipos de pro-



blemas: el de los desocupados y el nivel técnico de la mano de obra. Por el desarrollo demográfico del país, cuyo ritmo de crecimiento es mayor al del proceso económico, nos encontramos con que cada año aumenta en 120 mil personas jóvenes que son lanzadas al mercado del trabajo, el número del ejército de reserva, la acumulación de la fuerza de trabajo del país, vista cuantitativamente. Pero al mismo tiempo, crece también el número de trabajadores no calificados, puesto que el proceso económico exige una calificación cada vez más elevada, por lo cual subsiste una deficiencia cualitativa de la mano de obra para ponerse a tono con las exigencias del desarrollo económico nacional. Estos son los dos problemas básicos que necesitamos encarar en relación a la fuerza de trabajo, tanto desde el punto de vista económico, como social, político y humano.

En relación a los medios de producción, podemos decir lo siguiente. Venezuela es uno de los países más ricos, dotados por la natu-

raleza, en cuanto a la disponibilidad de objetos de trabajo. Posee petróleo, gas, hierro; ríos inmensos, costas marítimas; suelo, flora y fauna variados; en fin, todo tipo de materia prima para la producción. Éste es el patrimonio físico, el patrimonio natural del país, que no hemos sabido aprovechar eficiente y racionalmente. El problema consiste aquí en los recursos naturales no renovables, como por ejemplo, el petróleo y el hierro. Cada día esta riqueza nuestra es expoliada por los consorcios extranjeros. ¿Qué nos depara el futuro? ¿Hasta cuándo durará esa inagotabilidad de nuestro subsuelo? Ésta es una cuestión vital que golpea la conciencia de millones de venezolanos. Es necesaria una política de rescate de nuestras riquezas naturales, de renovación y estabilidad en el incremento productivo de estos recursos. La explotación neocolonial de que es objeto nuestro petróleo y nuestro hierro no puede continuar. Éste es un tercer tipo de problema que necesitamos encarar con firmeza nacionalista y revolucionaria.

En cuanto a los medios de trabajo, también ya hoy nuestro país tiene una consolidada base como punto de partida. Imagínense, tenemos tierras, bosques, caídas de agua, inmensas montañas, vías naturales de comunicación, instalaciones petroleras e industriales, electricidad, manufactura, servicios, plantaciones agrícolas y ganaderas, edificios, máquinas, equipos, etc. Esto es para ponernos a pensar en lo que podría ser una Venezuela socialista con una economía planificada y racionalmente impulsada por todo el pueblo venezolano. Aquí tenemos un otro problema básico. Igual que los recursos naturales no renovables, estos bienes de acervo de la nación deben reproducirse también constantemente a un ritmo determinado. No sucede así. Esto significa un serio déficit para el avance económico futuro, que mina las propias bases de nuestra estabilidad y progreso económico.

Desde el punto de vista de las relaciones de producción, la semblanza es ampliamente conocida. La forma de propiedad sobre los

medios de producción —que es la primera cuestión fundamental— es privada. La tierra cultivable pertenece a particulares. Está planteada una reforma agraria campesina radical que libere realmente las fuerzas productivas en el campo venezolano. Otro tanto podemos decir de las instalaciones petroleras que pertenecen a compañías extranjeras, principalmente norteamericanas. En este caso, el desenvolvimiento del país exige la nacionalización del petróleo. En cuanto a la manufactura, electricidad, servicios, construcción, etc., privan relaciones de producción capitalistas clásicas. Nuestros obreros tienen que vender su fuerza de trabajo por un salario al capitalista, sea éste criollo, extranjero o mixto.

En conclusión, somos un país explotado, dominado y con economía deformada. No comparto el término tan en boga de “país subdesarrollado”. Prefiero tomar esta apreciación, que creo es de Bethlenheim, de país explotado, dominado y con economía deformada. Desde luego, como veremos más ade-

lante, en lo fundamental, entiendo que Venezuela es un típico país neocolonial. Mi opinión personal es que Venezuela es el modelo neocolonial por excelencia del siglo XX. El resumen esbozado sobre las fuerzas productivas y las relaciones de producción así lo testimonia.

Vivimos una crisis estructural profunda, cuya única salida objetiva y natural es la revolución social. No hay otra alternativa, y todas las discrepancias que tenemos hoy los revolucionarios derivan de la forma de hacer esa revolución, de manera que ella se realice en el menor tiempo, de la mejor forma y con el mayor éxito. Pero creo que es una verdad de perogrullo que todos estamos de acuerdo en la necesidad ineluctable de la revolución social en Venezuela, es decir, la vía revolucionaria para hacer el socialismo en nuestro país. Se trata, pues, en las presentes circunstancias, de aplicar la teoría científica —que es una teoría de carácter universal—, forjada por Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao Tse-Tung, Ho Chi Minh, Kim Il Sung, Fidel Castro y tantos otros,

a la situación concreta y real venezolana y elaborar de allí, como síntesis creadora, nuestra peculiar línea política científica y revolucionaria, es decir, nuestra estrategia y nuestra táctica políticas.

Compañeros y camaradas: hoy vamos a hablar del problema estratégico, del carácter de la revolución venezolana. Por eso acepté venir hoy a esta reunión. En el problema estratégico de la revolución venezolana hay menos divergencias entre los revolucionarios, porque, como sabemos, son los problemas tácticos los que nos tienen divididos a los revolucionarios en Venezuela. No haremos referencia, en absoluto, a las cuestiones tácticas, ya que no es tema del presente foro. En cambio, sí aludiré, en lo que pueda y a fondo, respecto al planteo estratégico, es decir, al carácter de la revolución venezolana. Con esto termino la primera parte.

## 2. El carácter de la revolución (*lo condicionante*)

Hemos dicho que vamos a exponer los tres aspectos vitales en toda metodología científica de la historia, la distinción entre los factores condicionante, determinante y decisivo (y perdónenme los oyentes, en esta repetición cansona, pero me ha parecido pedagógicamente inevitable). Estos tres aspectos los hemos referido respectivamente al carácter, a las fuerzas motrices y a la cuestión de la dirección de la revolución. En cada uno de estos tres elementos básicos, vamos a sostener algunas ideas importantes. Dos ideas en cada uno de ellos, algunas de las cuales —pensamos nosotros— si no son originales, al menos chocan a simple vista con las concepciones tradicionales existentes al respecto, o por lo menos están en discusión, forman parte de la polémica que tiene planteada el movimiento revolucionario y comunista mundial.

Las dos tesis respecto al carácter de la revolución como elemento condicionante apuntan, primero, a la naturaleza neocolonial inherente a Venezuela como nación. Nuestra opinión personal es que Venezuela es modelo siglo XX de este nuevo tipo de dominación y explotación imperialista mundial, que es el neocolonialismo. Y la segunda tesis de esta parte de la exposición, connota la idea básica de que la etapa que actualmente vive la revolución venezolana es de carácter democrático-nacional, como un tipo peculiar de revolución antineocolonial, mediante la cual es posible el tránsito ininterrumpido de la revolución democrática a la revolución socialista. Estas son las dos ideas fundamentales en relación al carácter de la revolución venezolana.

## **2.1. El neocolonialismo inherente a Venezuela como nación**

Vamos a examinar lo primero: el neocolonialismo. Creo que las exposiciones de carác-



ter económico, anteriores a la nuestra, han aportado los datos suficientes para catalogar el caso venezolano como ejemplo, no solo latinoamericano sino mundial, de neocolonialismo. Al menos, el profesor Héctor Silva así lo hizo.

Lo clásico era considerar la división de los países del “tercer mundo” como países coloniales, semicoloniales y dependientes —según la célebre reunión de la Internacional Comunista en 1928. Hoy, ya no consideramos estos países de ese modo. Hoy, los dividimos sencillamente en países coloniales y neocoloniales. Coloniales, aquellos que están sometidos no solo desde el punto de vista económico, sino también político. Neocoloniales, aquellos que poseyendo una aparente independencia política, de hecho, están oprimidos económica, política, cultural y militarmente.

Entonces, ¿en qué consiste el neocolonialismo? En la dominación efectiva en cuanto al

contenido económico-social, que ejerce el imperialismo sobre naciones aparentemente independientes desde el punto de vista político-formal. En nuestro caso, se trata del neocolonialismo que ejerce el imperialismo norteamericano. Con el proceso de reciente independencia política de las viejas colonias de Asia y África, acaecido a partir de la Segunda Guerra Mundial, el problema del neocolonialismo ha pasado hoy a primer plano.

Nosotros consideramos que Venezuela es un ejemplo típico de neocolonialismo, donde deben mirar su rostro futuro los países de Asia y África que no han podido tomar el camino socialista de desarrollo. El conjunto de la economía venezolana, tanto minera —exportadora— como industrial, pertenece íntegramente, en lo fundamental, al imperialismo norteamericano. Este dominio casi total que ejerce Estados Unidos en nuestra vida económica se refleja en el resto de nuestra actividad social, política, cultural y militar. Hablamos de *Venezuela neocolonial y no subdesarrollada*.

La idea central es la siguiente. A las modificaciones acontecidas al capitalismo en el campo de las metrópolis, transformándose en imperialismo, sucede al mismo tiempo un cambio en los países colonizados por el imperio: de meras colonias se convierten en neocolonias. Y hay que comprender con profundidad este viraje. Hoy no se pueden examinar las cuestiones de países como Venezuela bajo el tradicional lente —como lo hace la gran prensa y los partidos tradicionales— de que somos un país independiente políticamente. Esto no pasa de ser una ilusión. Una de las tantas alienaciones de conciencia a que nos somete el sistema. Lo que ayer significó, cuando Bolívar, el coloniaje frente a España, adquiere hoy un sentido aún más vergonzoso ante el neocoloniaje del país frente a los Estados Unidos. Que solo las capas más avanzadas del proletariado, el campesinado, la intelectualidad y la juventud se posesionen de esta verdad y realicen su lucha ideológico-política en función de ella designa un nuevo despertar de la patria, adormecida

por esa enajenación colectiva de nuestras conciencias. Significa —como nosotros hemos dicho, en otra oportunidad— reen-carnar el espíritu de Bolívar.

No nos debe extrañar la indiferencia acomodaticia de los otros venezolanos que no comprenden y no quieren comprender esta verdad tan evidente, tan pura, tan elemental. Nos cotejan entonces de “románticos”, de “idealistas”, etc. Pero, justamente, es de estos “romances” y estos “idealismos” entre comillas que se ha hecho el pasado histórico de la patria y que se forjará su porvenir. Es sobre la base de estos romances, estos idealismos, que Venezuela se ha forjado su propio destino desde la época de los libertadores y de la guerra de emancipación frente a España.

Tenemos, pues, la histórica responsabilidad de liquidar la existencia de Venezuela como neocolonia. Ésta es la tarea fundamental de la juventud, el pueblo y la clase obrera venezolana en sus perspectivas de llevar a

cabo plenamente la revolución. Suprimir el neocolonialismo significa erradicar el "subdesarrollo" económico, político, cultural y militar que vive Venezuela como nación. Impregnarse de esta idea nos parece a nosotros algo esencial. Pero todavía se toma el concepto de neocolonialismo y de neocolonia como un término académico, estrictamente científico, etc., sin imprimirle su verdadero contenido político de lucha histórica de las masas populares venezolanas por su liberación. El sentido profundo de la noción de neocolonia es eminentemente político, de naturaleza revolucionaria, y éste es el acento que deseábamos ponerle hoy a esta categoría.

La nación venezolana se forjará su propio destino histórico en la medida que se libere de la opresión neocolonial ejercida por el imperialismo norteamericano. Por eso, éste es el principal enemigo de Venezuela. Pero necesitamos comprender las formas relativamente nuevas que toma la opresión neocolonial en el caso concreto de Venezuela; asimilar que se

trata del reflejo, en el campo de los oprimidos, de los cambios sucedidos al capitalismo como imperialismo en el campo del opresor; entender este carácter neocolonial como la consecuencia inevitable del ejercicio de la dominación imperialista en las nuevas condiciones históricas internacionales surgidas a partir de la Segunda Guerra Mundial. Comprender de nuevo que la vieja epopeya liberadora que ayer impulsó a Bolívar en el cuadro general de América Latina, se plantea hoy para los patriotas venezolanos y latinoamericanos en general.

## **2.2. El carácter democrático-nacional de la revolución venezolana**

Examinemos ahora la segunda idea sobre el carácter democrático-nacional de la revolución venezolana. Fijémonos bien, para comenzar, que digo democrático-nacional y no nacional-democrático. Como veremos más adelante, esta diferencia apunta a la importancia que tienen las luchas democráticas en

las neocolonias, situación completamente distinta a las colonias, donde el problema nacional arroja por completo la sensibilidad y conciencia de las grandes masas.

Hoy podemos hablar en sentido científico-universal de tres tipos de revoluciones burguesas:

1. Las revoluciones burguesas antifeudales donde participó principalmente la burguesía y, desde luego, las dirigió también la burguesía, en oposición al sistema feudal imperante.

2. Las denominadas revoluciones democrático-burguesas donde, no solo participa la burguesía, sino también el pueblo, los campesinos, las masas trabajadoras. Dirigida por la burguesía, estas revoluciones adquieren un sello popular. De allí su nombre: democrático-burguesas. El campesinado y los trabajadores seguían la orientación de la burguesía. De este tipo fueron las grandes revoluciones que ustedes conocen: Independencia norteamericana, Revolución Francesa, etc..

3. Hay un tercer tipo de revolución burguesa por su carácter; las llamadas democrático-nacionales, donde participa masivamente el pueblo, en especial la alianza obrero-campesina, pero la dirección de la revolución ya no le pertenece ni la puede tener objetivamente la burguesía —que, a veces, ni siquiera participa en ella—, sino que la hegemonía la gana el proletariado. Ejemplo clásico de ella fue la Revolución China y, en cierta medida, la misma Revolución Soviética, en su primera fase y parte de la segunda.

Se sobrentiende que por el neocolonialismo de Venezuela, cuando hablamos del carácter de la revolución, nos referimos a su naturaleza democrático-nacional. Esto es así por la diferencia esencial, a la cual ya aludimos, entre el carácter de una revolución y la naturaleza de sus fuerzas motrices.

El carácter de la revolución venezolana, como aspecto particular de un desarrollo universal, viene generado por el factor funda-



mental: el elemento objetivo condicionante: el problema de la sustitución de unas relaciones de producción por otras. Es indudable que el dominio capitalista del país, sobre todo en los últimos años, opera en forma evolutiva, pero los elementos político-formales de la revolución burguesa se han truncado, han fracasado, no se han impuesto. Esto se explica por la naturaleza neocolonial del país: la burguesía venezolana es esencialmente traidora a la nación, es agente o socio directo del imperialismo norteamericano y, en consecuencia, traiciona los postulados de la propia revolución burguesa.

Al suceder lo anterior, se abre históricamente un vacío en el país, fenómeno que podríamos denominar *vacío histórico*. Desde el punto de vista económico, este vacío debería ser llenado por una burguesía nacional, hoy débil e insignificante, absorbida como ha estado nuestra burguesía por el neocoloniaje impuesto por el imperialismo financiero norteamericano; y desde el punto de vista polí-

tico, esa exigencia debería ser satisfecha por la participación del pueblo en la revolución democrática con el cometido de conducirla hasta el fin, para llevarla hasta sus últimas consecuencias —como el mejor camino, la mejor vía de estar en condiciones óptimas para conquistar la revolución socialista.

¿Qué significa llevar hasta el fin la revolución democrático-burguesa? Marx lo afirmó categóricamente, en su libro sobre el *XVIII Brumario*. Allí señaló dos ideas, según las cuales, conducir la revolución democrático-burguesa hasta sus últimas consecuencias significaba, primero, hacer práctico, real, el principio de la soberanía popular.

Nosotros sabemos que en nuestro país, no se cumple en los hechos este principio de la soberanía del pueblo. Se trata de un auténtico engaño; de un *bluff*: el elefante blanco del que habla el pueblo. De los casi dos mil días del período presidencial, la soberanía del pueblo se reduce al minuto que vamos obligados

a una mesa electoral a meter una tarjeta, que en nuestra conciencia, ni siquiera sabemos lo que significa. En los últimos años, hemos vivido supuestamente el régimen democrático-representativo, que en la práctica no ha sido otra cosa que el ejercicio de la dictadura de la democracia reformista. Hemos vivido y sentido hasta qué punto se ha desarrollado la violencia represiva contra el pueblo y sus organizaciones más revolucionarias, como burla sangrienta de los gobiernos de turno a las libertades democráticas, aspecto vital del principio de la soberanía popular. Éste fue el primer principio que Marx levantó.

El segundo quería decir que para llevar hasta el fin la revolución democrática se requería rechazar mediante la violencia la contra-revolución. Como se comprenderá, si se trata auténticamente de una revolución popular, donde el pueblo toma la hegemonía, los sectores dominantes no se dejarán quitar las riendas del Estado y pasarán a la contra-ofensiva reaccionaria contra el nuevo poder

del pueblo. Lo que objetiviza esa situación es, precisamente, la respuesta armada que el pueblo dé a la contra-revolución. Éste era un signo inequívoco, en el análisis, según el cual la revolución democrática alcanzaba sus últimos momentos. Tampoco en nuestro país hemos visto este elemento. Inmediatamente después del 58, los sectores gobernantes se han aliado para atacar con la violencia terrorista no a la contra-revolución, sino, justamente, a la revolución, a las fuerzas progresistas y revolucionarias.

Ninguno de los dos factores citados por Marx para corroborar si la revolución democrático-burguesa ha llegado hasta el fin se ha dado en nuestro país.

¿Por qué? Ésta es una de las cuestiones teóricas más importantes a dilucidar como base orientativa para el futuro de la revolución venezolana, que arroja luz para su conducción y sostenimiento. Podemos decir, en líneas generales, que la causa de ello es el

carácter pro-imperialista de la burguesía venezolana, por la debilidad económico-política del pequeño sector subsistente de la burguesía nacional, en fin, por las ataduras neocoloniales de nuestro país.

¿Qué clase puede hoy llevar hasta el fin la revolución democrático-burguesa en Venezuela? Solamente una fuerza social: el pueblo venezolano, la alianza de obreros, campesinos e intelectuales, bajo la dirección del proletariado. Estas son las únicas fuerzas sociales que hoy, en la presente situación, pueden llevar hasta el fin la revolución democrática. Son las únicas que aseguran la consecuencia de la revolución democrática. Es indudable que las clases fundamentales en la Venezuela contemporánea son el proletariado, especialmente el industrial, y la burguesía, particularmente la burguesía financiera norteamericana y sus aliados criollos de la alta burguesía venezolana. Estas son las clases fundamentales que están en lucha. Pero la forma que toma esta pugna clasista en las condicio-

nes históricas de Venezuela es la contradicción antagónica e irreconciliable entre las masas populares venezolanas y el imperialismo yanqui y sus aliados criollos: la alta burguesía y los latifundistas. Ésta es la contradicción principal que motoriza todo el proceso económico, político, social, cultural, militar e ideológico de la sociedad venezolana. La alternativa objetiva ante tal contradicción antagónica, la única salida que plantea dicha contradicción, es la revolución democrático-nacional, con la participación masiva del pueblo, fundamentalmente la alianza obrero-campesina, y bajo la hegemonía de la clase obrera venezolana. No hay otra alternativa.

La revolución democrático-nacional aspira como solución de poder la instauración del Estado de democracia nacional y la destrucción del presente Estado democrático-reformista al servicio del imperialismo y el neocoloniaje. Por consiguiente, primero, si la revolución democrático-nacional es el único método objetivo, viable, para solucionar la

contradicción principal que motoriza la sociedad venezolana; y, segundo, si la revolución democrático-nacional por estar dirigida por el proletariado y levantar las banderas de la revolución democrática, forma parte de la revolución socialista mundial por apuntar su lucha contra el imperialismo norteamericano, principal enemigo del proletariado y el socialismo mundiales; si eso es así, entonces, el Estado de democracia nacional no es, en última instancia, sino una variedad nueva de la dictadura del proletariado en las condiciones de neocoloniaje de Venezuela. Ésta es la tesis que sostenemos hoy. En consecuencia, la revolución democrático-nacional es la forma histórico-concreta que toma actualmente, y en las condiciones presentes de Venezuela, la lucha por la revolución socialista. Luchar en concreto —y no en abstracto—, enraizado con la realidad nacional —y no con fórmulas estereotipadas— y con firmeza revolucionaria —y no con veleidades oportunistas— por la revolución socialista es realizar la revolución democrático-nacional en Venezuela, llevar hasta el fin la revolución democrática.

La revolución democrático-nacional y el Estado democrático-nacional es la línea divisoria más acá de la cual se abre la perspectiva socialista auténtica en forma ininterrumpida. Entonces, la diferencia es muy clara. No se trata de una revolución democrático-burguesa. No solo porque si decimos revolución “democrático-burguesa” ello significa que la dirección podría estar en manos de la burguesía, sino porque —lo que es más importante— dicha revolución democrático-nacional no tiene por qué confundirse en absoluto con las tradicionales revoluciones burguesas, sino que se trata de una revolución de nuevo tipo, nacida de las condiciones históricas del neocolonialismo norteamericano aplicado a Venezuela. Se trata de una nueva revolución cuya diferencia esencial es que la dirige la clase obrera. Al suceder esto, entonces, se puede transitar hasta la revolución socialista en forma ininterrumpida.



Desde luego, eso dependerá en concreto de que el proletariado venezolano pueda realmente ganar la hegemonía, lo cual a su vez depende de que la política de la clase obrera pueda agrupar en torno a sí a las amplias masas del pueblo, cuya participación condiciona y determina el triunfo de la revolución, en el mismo sentido que la dirección del proletariado es decisiva. La lucha, pues, por el Estado de democracia nacional, en las condiciones de Venezuela —como de los países de Asia, África y América Latina— es en nuestra opinión la lucha por el socialismo.

Como dice Mao:

La revolución democrático-nacional es la preparación necesaria para la revolución socialista. La revolución socialista es la tendencia inevitable de la revolución democrático-nacional. No hay una muralla china entre una y otra. Pero la revolución socialista es posible solo después de consumada la revolución democrático-nacional. Cuanto más a fondo sea ésta, mejores serán las condiciones de realización de la revolución socialista.

O bien, en otro texto: "Al escribir un artículo se puede empezar la segunda mitad una vez terminada la primera. Dirigir con decisión la revolución democrática es el requisito previo para la victoria del socialismo". Estas tesis del camarada Mao Tse-Tung corresponden, en las nuevas circunstancias históricas posteriores a la Primera Guerra Mundial y la Revolución Bolchevique, a las ideas sostenidas por Lenin antes de octubre. Lenin habló, concretamente, de tres etapas estratégicas de la revolución. El carácter de una revolución le imprime la naturaleza esencial a cada etapa. Estaban en juego para entonces dos tipos de revoluciones por su carácter: la burguesa y la socialista: la revolución democrática y la revolución proletaria. Según el predominio de uno u otro tipo de revolución, en las condiciones históricas concretas de una sociedad, la etapa de la revolución vigente en ella será democrática o socialista. Además, entre una y otra fase, se impuso una etapa de transición, una especie de puente, que por lo general se ha dado en lla-

mar etapa democrático-socialista. Tenemos, pues, según Lenin, tres etapas estratégicas de la revolución.

La etapa democrática corresponde al carácter burgués de la revolución; la etapa democrático-socialista, a la fase de transición de una a otra; en fin, la etapa *socialista*, al carácter proletario de la revolución.<sup>(1)</sup> En *Dos Tácticas*, Lenin hizo hincapié sobre el vínculo estrecho entre la revolución democrática y la revolución socialista. Allí expresó tres ideas esenciales:

<sup>1</sup>Según Lenin y Stalin, Rusia cumplió esas tres etapas así: Primera etapa, desde 1900, 1905-07 hasta febrero de 1917. La caída del zar completó la revolución democrática, incluso gestando una dualidad de poderes: el de la burguesía (gobierno central) y el del proletariado y el campesinado (los soviets). La segunda etapa de transición fue a partir de febrero hasta octubre de 1917. Lenin esbozó su contenido en las llamadas "Tesis de abril", donde planteaba que había terminado la etapa democrática y que se entraba en la etapa de transición aludida. La tercera etapa, socialista, asegurada en octubre de 1917, se forja propiamente en julio de 1918, cuando se abortó la conspiración de los mencheviques de izquierda. instaurándose el gobierno de un solo partido en representación del proletariado: el partido bolchevique.

1) En la fase imperialista del capitalismo, la dominación burguesa posterior a su revolución puede ser fugaz y factible de rebasarse por el empuje popular y revolucionario de las masas y el proletariado —no como antes, en el período preimperialista, cuando con el triunfo de la burguesía, su dominio no era fugaz sino estable, en función de la naturaleza premonopolista del capitalismo.

2) En una situación de colonia —hoy, podemos decir de neocolonia— toda lucha antifeudal —y la lucha burguesa por su propia naturaleza es antifeudal— es al mismo tiempo un combate antiimperialista.

3) Por el cambio sustancial sucedido en las fuerzas motrices, la burguesía no es capaz ahora de dirigir su propia revolución, lo que obligaba en forma ineluctable al proletariado a tomar las riendas de la misma. Es por ello, entonces, que la llamada revolución democrático-burguesa se transforma de hecho en revolución democrático-nacional. El término

democrático-nacional, en las neocolonias como Venezuela, significa que la revolución ya no puede ser dirigida por la burguesía, sino que tiene que estar comandada por el proletariado.

Por todo lo anterior, podríamos hablar entonces de tres etapas de la revolución venezolana, perfectamente integradas y según su carácter histórico concreto: la primera, que aún vivimos y que es necesario consumir, es la democrático-nacional; la segunda, que corresponde al proceso de transición, le hemos buscado un vocablo y me ha parecido más justo el siguiente: etapa patriótico-socialista; y, la tercera es la socialista propiamente dicha. Estamos pues por completar la etapa democrático-nacional de nuestra revolución. Si logramos que el proletariado conquiste la hegemonía en el presente, cuando esta revolución triunfe o, bien, se consuma esta etapa, entraremos en la fase patriótico-socialista y, posteriormente, de manera definitiva llegaremos a la etapa socialista de nuestra revolu-

ción. Estos son, entonces, los escalones que necesitamos atravesar para que la revolución tenga un contenido y un objetivo continuo de carácter socialista.<sup>(2)</sup>

Que la revolución llegue a ser democrático-nacional y luego patriótico-socialista dependerá del hecho real según el cual el proletariado y su vanguardia revolucionaria puedan ganar de verdad la hegemonía de la revolución. En esta perspectiva, es necesario desarrollar una política de combate abierto y sensato contra el enemigo principal de la revolución, tanto desde el punto de vista estratégico como táctico.

<sup>2</sup>Si ponemos el ejemplo más cercano, de la Revolución Cubana, podríamos intentar esquematizarlo así: la primera etapa, antes del 1° de enero del año 1959 hasta julio de 1960, cuya consigna central era "libertad o muerte". No era todavía "patria o muerte", la cual surgirá, justamente en la segunda etapa, aproximadamente la fase de transición de julio de 1960 a julio de 1962. Y a partir de esta última fecha se entra de lleno en la etapa definitivamente socialista, con la denominada Declaración de La Habana, cuando se habla ya de Cuba socialista. Estas serían las tres etapas.

El enemigo principal de la revolución venezolana en la presente etapa, en forma objetiva, científica, clasista y estratégicamente, es el imperialismo norteamericano y sus socios criollos (la alta burguesía y los latifundistas). Pero, el enemigo principal, en el presente momento, en forma objetiva-subjetiva, práctica, política y tácticamente, es el gorilo-betancourismo, que ha ejercido la dictadura de la democracia reformista y representativa en el curso de los últimos diez años: Antes de enero de 1958, el enemigo principal táctico era el perezjimenismo. Pérez Jiménez representó al imperialismo en las condiciones de la dictadura militar-policíaca. Betancourt y el betancourismo en general —porque Leoni y cualquier otro que haga lo mismo que él, bajo la forma de la democracia reformista, será expresión política del betancourismo— representan al imperialismo norteamericano en las condiciones de la dictadura del reformismo. Esta dictadura de la democracia reformista es la que hemos vivido, con una secuela de terror y sangre, como nunca antes se había co-

nocido en nuestra historia. Contra este tipo de dictadura, contra este Estado reformista, es que se incrementa hoy la revolución democrático-nacional. Por eso el carácter de la revolución es democrático-nacional y no es aún, por su forma, socialista. Es socialista en cuanto a su contenido, como parte, pero no totalmente en cuanto a su forma.

La revolución democrático-nacional es la forma que toma, en las condiciones histórico-concretas de Venezuela, la lucha por la revolución socialista. En cuanto a su forma, tiene aún que cumplir determinadas tareas, llenar el vacío, las fases, etc., aún no consumadas; tiene que llenar lo que queda todavía por completar de la revolución democrática. Esto significa que es la única manera de colocarnos al nivel del grado de sensibilidad y conciencia de las amplias masas, que hace falta ganarlas para la revolución, porque si se trata de que la revolución la vamos a realizar la vanguardia solamente, entonces, no habría problema alguno, puesto que todos



somos socialistas. Pero por ese camino seríamos inevitablemente derrotados. Y no se trata de pelear para perder, sino para ganar. Necesitamos antes que nada que avance la revolución y al mismo tiempo que ella triunfe en sus momentos culminantes.

Podemos concluir, entonces, en relación al carácter de la revolución venezolana:

1. Se trata de una revolución democrático-nacional por su carácter, cuyo contenido programático responde a la forma universal del democratismo burgués, por su naturaleza antifeudal y nacionalista.

2. Por su contenido histórico-concreto, no por su carácter, sino, precisamente, por sus fuerzas motrices determinantes, es una revolución democrática de nuevo tipo, por lo cual la denominamos democrático-nacional, ya que en ella: a) participa todo el pueblo venezolano, fundamentalmente la alianza obrero-campesina; b) porque la dirección de ella

deberá conquistarla el proletariado, especialmente, las vanguardias revolucionarias comunistas y socialistas, y c) por la incorporación del contenido patriótico que en las condiciones del neocolonialismo significa para Venezuela la posesión de elementos de factura socialista, que hacen que la revolución, objetivamente, marche en forma ininterrumpida hacia el socialismo.

La no comprensión estratégica de este carácter de la revolución venezolana nos conduce por lo regular a una doble desviación: en primer lugar está el error aventurero, que desconoce el carácter democrático-nacional y considera a la revolución, en la práctica, exclusivamente como socialista —por ejemplo, en nuestra opinión, en el pasado, la nominación Frente de Liberación Nacional y Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, puesto que, como hemos venido sosteniendo desde hace mucho tiempo, la lucha por la liberación nacional en Venezuela, es decir, contra el neocolonialismo, es de hecho una lucha por el

socialismo, de neto corte socialista. Por eso, tal actitud fue —en la práctica y en la teoría de las formulaciones nominales, aunque no conceptuales— un error aventurero típico, que necesitamos autocriticarnos, como explicación fundamental en relación a las derrotas sufridas. En segundo lugar, está el error opuesto: el reformista, que desconoce la función de las fuerzas motrices fundamentales y el papel hegemónico del proletariado, terminando por ir a la cola de la burguesía y el imperialismo. También en el pasado, parcialmente, hemos cometido errores de esta naturaleza.

En consecuencia, sobre este problema del carácter de la revolución, es necesario desarrollar una profunda lucha ideológica contra cada una de estas tendencias. Pero es preciso emprender este combate con altura, con nobleza, con templanza revolucionaria, en la lucha de opiniones por la verdad, sobre la base de argumentaciones y razones y no de improperios e insultos. No como si el revolu-

cionario de la acera de enfrente fuese un enemigo, sino que debemos entender que es un mismo hermano de la casa, que hace causa común, pero que actualmente mantiene divergencias con nosotros —diferencias, además, que son naturales y lógicas en todo proceso revolucionario—. Es una pelea entre familia, en búsqueda de la verdad, en función de la unidad revolucionaria, no para eliminar al opuesto, sino para ayudarlo a encontrar un sendero común.

Así es como nosotros entendemos en su conjunto, y a grandes rasgos, la primera problemática, relativa al carácter de la revolución, con sus dos ideas básicas: la tesis del significado del neocolonialismo en Venezuela y la idea de que nos encontramos en la etapa democrático-nacional de la revolución venezolana, como la única forma concreta de luchar prácticamente por la revolución socialista en las condiciones históricas y presentes de Venezuela.

### **3. Las fuerzas motrices de la revolución** *(lo determinante)*

Las dos tesis respecto a la problemática determinante de la revolución venezolana constituidas por las fuerzas motrices (clases) son las siguientes:

1. La naturaleza peculiar de la llamada burguesía nacional en Venezuela, el hecho de que esta burguesía sea en realidad muy débil y prácticamente casi no cuente en la arena económico-política nacional;

2. La afirmación de que la lucha antineocolonial de liberación nacional, en las condiciones de Venezuela, no corresponde a la etapa democrático-burguesa de la revolución en sentido universal —como ha sido lo conceptualizado como tradicional hasta ahora—, sino que, en verdad, forma parte de la etapa de transición que nosotros hemos llamado patriótico-socialista (la segunda), en el sentido de que esta lucha, en términos universales,

posee ya un contenido socialista. Esta segunda tesis es completamente nueva y, que sepamos, entra en conflicto con lo sostenido hasta ahora en las concepciones revolucionarias.

Por primera vez hago pública esta afirmación, justamente por su importancia, a la hora de analizar la reciente experiencia revolucionaria venezolana y en razón del nuevo significado que debemos imprimirle al término neo-colonia y su naturaleza completamente diferente en relación a las viejas colonias tradicionales.<sup>(3)</sup>

### **3.1. La naturaleza de la burguesía nacional**

El Estado de la burguesía venezolana depende en mucho de la situación económico-

<sup>3</sup> Justamente en las colonias la lucha por la liberación nacional sí forma parte de la revolución democrático-burguesa, y ésta fue la tesis leninista. Lo que ocurre es que la hemos trasplantado mecánicamente al caso nuestro de neocolonia, sin examinar la naturaleza cualitativa distinta de ésta, donde esta lucha adquiere —al menos en Venezuela— un contenido socialista.

social del país, como típico modelo de neocolonia. Característica del neocolonialismo ejercido sobre nuestra patria es la absorción y sometimiento de nuestras clases dominantes, como partes del país oprimido, a la burguesía financiera imperialista de la metrópoli. A esto no escapa la burguesía venezolana.

Fíjense bien que distinguimos siempre entre burguesía venezolana y burguesía nacional, como dos categorías completamente distintas. El concepto de burguesía venezolana abarca la totalidad de la burguesía del país, comprende la alta burguesía comercial-importadora, la alta burguesía industrial-agraria, así como la burguesía bancaria. En cambio, cuando nos referimos a la burguesía nacional, el concepto connota una rama peculiar de la burguesía venezolana, relativa a las capas medias de la burguesía, un pequeño sector dedicado fundamentalmente a funciones industriales y agrícolas.

La vigencia del neocolonialismo en Venezuela hizo debilitar considerablemente la poca fuerza de la burguesía nacional, haciendo que los otros sectores de la burguesía venezolana se transformen en agentes o socios del imperialismo norteamericano. La palabra "socio" —por cierto— fue impuesta por Betancourt en un célebre discurso al referirse a las compañías petroleras y anunciar al país que "éramos socios de ellas".

Nosotros consideramos todavía vigente, en lo fundamental, el esquema de clase aprobado por el III Congreso del PCV (1961), en sus tesis sobre las clases en Venezuela, que recogemos en nuestra *Introducción a la sociología marxista*.<sup>(4)</sup>

En relación a la burguesía, aparte de su división de carácter económico, se establece una partición fundamental: a) La alta burguesía, integrada por dos ramas particulares: la

<sup>4</sup> J. R. Núñez Tenorio. *Introducción a la sociología marxista*. Editorial Crítica Marxista, Caracas, 1968: pp. 141-147.



comercial- importadora (en parte bancaria) y la industrial-agraria (en parte bancaria); b) La mediana burguesía, débil económicamente y dedicada a la industria y la agricultura a regular escala. Lo nuevo en el caso venezolano es que el desarrollo de la burguesía industrial-agraria para la formación de un sector nacional, que ha sido la tesis universal valedera para los otros países en el pasado, que rigió en la época de la división de los países en coloniales, semicoloniales y dependientes, resulta que no es valedera hoy para Venezuela.

La falta de un estudio científico de las clases, particularmente de la situación de la propia burguesía venezolana, nos ha conducido, muchas veces, a trasladar enfoques vigentes en otros países como si lo fuesen en el nuestro. Esto impidió tener una noción realmente exacta de las proporciones auténticas de la denominada burguesía nacional. Los intentos de nacimiento de una burguesía venezolana, surgidos en la década del 40-50, comenzaron a eclipsarse en el lapso siguiente. La transfor-

mación acelerada de Venezuela en país neo-colonial por excelencia hizo que la burguesía venezolana fuese absorbida por el coloniaje imperialista, transformándose de hecho en agente o socio del opresor extranjero.

Actualmente, existe una pequeña capa, muy débil económicamente, que trata de llenar el vacío: la falta objetivo-universal de una burguesía nacional. El proceso económico del país es de estrangulamiento de esta burguesía, de vida nonata, apenas perceptible en sus embriones. Según los datos proporcionados por el profesor Silva Michelena en este mismo foro, el poder económico de esta pequeña capa nacional no alcanza sino apenas un 5% en comparación con el resto de la burguesía venezolana. Esta debilidad económica y cuantitativa de la burguesía nacional constituye una tendencia general hoy, en el movimiento del neocolonialismo impuesto al mundo por los Estados Unidos. Existe socialmente el vacío, que constantemente pretende ser colmado por pequeños sectores de la burguesía

naciente. Pero, después, apenas intentan acumular capital, se ven constreñidos a transformarse en socios o agentes de la burguesía financiera norteamericana.

Cuando, en el frente de fuerzas que constituyen el pueblo venezolano, en oposición al imperialismo norteamericano, nosotros colocamos este sector de la burguesía, lo hacemos exclusivamente por su importancia política y a plena conciencia de su debilidad y poco significado económico. Esto nos diferencia sustancialmente de los esbozos y enfoques hechos en el pasado en torno a la burguesía nacional en las esferas revolucionarias. En cierta forma, esta débil burguesía nacional es el único punto de apoyo para fundamentar el carácter democrático-burgués de la revolución en la arena nacional. Pero su propia insuficiencia clasista hace comprensible, precisamente, que ella no pueda tomar las riendas de esta revolución, ni esté en capacidad de hacerlo, por lo cual tiene que ser sustituida objetivamente por el proletariado.

Por eso, en las neocolonias como Venezuela el proletariado está obligado a dirigir la revolución democrática y ésta, de revolución democrático-burguesa, se transforma en revolución democrático-nacional, como primera etapa de un proceso revolucionario ininterrumpido hacia el socialismo.

Que no haya burguesía nacional no quiere decir en absoluto que no exista burguesía en Venezuela. Creo que hemos sido muy claros al respecto. Hemos hablado de la existencia de una burguesía venezolana —alta, de naturaleza comercial-importadora, o bien industrial-agraria y bancaria— como agente o socio de la burguesía financiera norteamericana. La burguesía nacional subsiste como un proceso constante de nacimiento y desaparición, a escala media, de un sector de la burguesía, que busca afanosa pero fracasadamente su propia entidad como clase. Ahogada por el dominio neocolonial, mantiene en potencia sus exigencias en una sociedad cada vez más oprimida por el capital extranjero.

### 3.2. La lucha antineocolonial es patriótico-socialista

El resto de las formulaciones sostenidas hoy las hemos venido afirmando en cursos, intervenciones, folletos, libros, etc., prácticamente desde 1958. Sin embargo, la presente la hemos madurado en los últimos años, como especie de síntesis general al conjunto de la problemática revolucionaria venezolana, atreviéndonos a hacerla pública plenamente en los presentes momentos.

Siempre se consideró que el aspecto nacional de las luchas revolucionarias antiimperialistas formaba parte inalienable de la revolución democrático-burguesa mundial. Nuestra opinión es que semejante conclusión, de raíz leninista, es, en términos generales, acertada. Pero Lenin estudió singularmente la situación de Rusia, que al mismo tiempo era metrópoli imperial de otros pueblos hoy soviéticos. Nosotros hemos destacado con fuerza la categoría de *neocolonia*, como el

elemento unificador que permite visualizar científicamente la estructura compleja de países como Venezuela: aparentemente independiente, pero de hecho sometidos hasta la médula al coloniaje económico, social, político, cultural y militar. Ésta es la nueva forma que toma el vasallaje extranjero en nuestros días.

Aquello que afirmábamos en el plano del factor condicionante, en relación al carácter de la revolución, tiene una repercusión especial en el campo de las fuerzas motrices, como elemento determinante. Esta repercusión recoge la idea fundamental de que la lucha antineocolonial, en lugar de formar parte de la etapa democrático-burguesa de la revolución, se integra más bien a la fase patriótico-socialista. Esto involucra, sustancialmente, un nuevo planteo del conjunto de esta problemática. ¿Qué significado tiene esto? Veamos.

En primer término, que en las condiciones venezolanas el combate por la liberación na-

cional que nos independice del coloniaje yanqui connota ya la lucha por el socialismo en Venezuela. En efecto, en Venezuela no se puede pretender, como en la India en 1945, que una vez obtenida la emancipación del imperialismo norteamericano, se plantee en su “pureza” la pugna entre el posible camino capitalista o el no-capitalista de desarrollo —como se ha acostumbrado conceptual el asunto hasta ahora—. Somos opuestos a semejante enfoque. En Venezuela, si expulsamos en realidad a los yanquis, objetivamente, tenemos que construir el socialismo como vía de desarrollo, pues, la otra alternativa es la continuación del neocoloniaje norteamericano. Culminada la lucha antiimperialista, es ilusorio pretender que haya una alternativa capitalista posible para Venezuela. No la hay. Esto es lo que explica el profundo vínculo dialéctico entre el carácter patriótico y la naturaleza socialista de esta etapa de transición de la revolución venezolana.

No haber comprendido este vínculo —o no haber querido comprenderlo— fue, en nuestra opinión, el error ideológico fundamental mediante el cual el reformismo imperial ha badurnado los propios pilares de las teorías revolucionarias, haciendo que sigamos aplicando esquemas que pudieron tener validez ayer y en otros países, pero no hoy y mucho menos en Venezuela. Tenemos que desprendernos en serio de todo esquematismo, dogma, espíritu de iglesia, etc. en el análisis de la realidad nacional y en la aplicación del marxismo. Debemos superar el viejo trato que le hemos dado a la teoría marxista en nuestro país. Necesitamos aplicarlo en forma nueva a las condiciones históricas nuevas. Por eso, traemos esta tesis a la discusión porque a la luz de ella es posible dar un viraje radical en la consideración estratégica y táctica de la problemática revolucionaria venezolana. Éste es el cometido principal que nos indujo a exponerla esta noche ante ustedes. Espero que su debate pueda ser fructífero para alcanzar unas conclusiones más verídicas sobre la realidad nacional.



Si la idea que sostenemos tiene validez, ello significa que, por ejemplo, uno de los errores fundamentales de la política de lucha armada sostenida y conducida por las fuerzas revolucionarias a partir de 1962 —sobre todo entre 1962-1963— fue la de presentarse bajo el estandarte exclusivo de la liberación nacional, que de hecho —desde el punto de vista del contenido— hacía que el combate adquiriese una bandera de presentación socialista, roja, marxista, leninista, ante las amplias masas del pueblo —lo que a su vez, facilitaba la estrategia de lucha del enemigo para combatirla. Con semejante estandarte, eminentemente rojo, tenía que sectarizarse extremadamente la lucha, pero no por la característica intrínseca de ella —como a menudo se alude por allí— sino por el contenido socialista que se le imprimía a la hora de llevarla a la práctica, en los momentos en que se le incluía dentro de la acción y la propaganda de una política general evidentemente errónea. Éste es un punto decisivo a la hora del análisis autocrítico y crítico del pasado reciente.

Lo anterior no quiere decir que las formas superiores de lucha no tuviesen vigencia, ni tampoco que ellas por sí mismas, en cuanto formas superiores, sectarizarasen el combate. En absoluto. Lo que ha sucedido es que a esas formas superiores se les dio un objetivo político ideal e ilusorio, ajeno aún al grado de conciencia y sensibilidad de las amplias masas, y, en consecuencia, incorrecto y desacertado. Fue un objetivo exclusivamente para las vanguardias y —si se quiere— para las vanguardias de las vanguardias. Además, era la aplicación pura y simple, mecánica y trasplantada, de la experiencia de otros países —especialmente aquellos que eran colonias, en cuyos fines necesaria y objetivamente estaba el objetivo de liberación nacional. Y no se trate de suponer aquí, como si nos refiriéramos a Cuba, por oposición en Cuba, la lucha armada revolucionaria, precisamente no cometió ese error y su consigna central antes de la toma del poder no fue “patria o muerte”, sino, “libertad o muerte” —lo que evita más comentarios al respecto. En pocas palabras, nos

imponíamos como tareas consignas que aún no habían madurado suficientemente, queríamos apresurar la historia, saltar en el vacío, conquistar con el solo intelecto lo que en la realidad aún era imposible.

Las formas superiores de lucha perfectamente han podido tener vigencia —y aún la tienen y la tendrán— mientras ellas sean la respuesta adecuada a la represión antidemocrática, al terrorismo democrático-representativo, a la violencia pseudoconstitucional desatada por los gobiernos de turno contra el movimiento popular y sus fuerzas revolucionarias. Esto significa, entonces, que la secularización de la lucha no ha sido por el carácter intrínseco de la lucha armada como forma de lucha, ni porque ella en sí misma no tuviese vigencia, sino por el objetivo político-táctico que se le imprimió: de hecho, se pretendió realizar la revolución patriótico-socialista, adelantándose la etapa de la revolución que no corresponde a esta fase. Como he dicho en otras oportunidades —refiriéndome

a este error— se han puesto los *bueyes detrás y no delante de la carreta liberadora*. Hemos querido comenzar por el coronamiento y no por el principio. O, como dice Mao, hemos querido escribir la segunda parte de un artículo, sin antes haber escrito la primera parte. Pero en todos los casos había que escribir el artículo, comenzando, desde luego, por la primera y no por la segunda parte. Hay que impulsar la carreta liberadora, pero no con los bueyes atrás, sino adelante, para que el empuje sea mayor, cometamos menos errores y obtengamos el triunfo deseado.

Otra cosa muy distinta es si los *marines* yanquis invaden el país, bajo cualquier pretexto. En ese caso sí entraríamos de hecho en la etapa patriótico-socialista y las inmensas masas del pueblo estarían en condiciones maduras de asimilar las consignas de liberación nacional, ante la presencia directa del invasor extranjero. Quédese comprendido, además, que si en el país triunfa la revolución democrático-nacional, por leve que sean sus

medidas democráticas y nacionales, ello involucra, casi inevitablemente, la invasión militar de Estados Unidos, para impedir su consolidación y avance; todo lo cual a su vez quiere decir que el combate alcanzará una plenitud máxima, al poner en tensión todas sus fuerzas y recursos el pueblo venezolano contra el enemigo, que a la postre, una vez obtenido el triunfo, nos conducirá también inevitablemente al socialismo.

Pero, además de todo lo anterior, nuestra tesis sobre el carácter patriótico-socialista de la lucha antineocolonial significa, en segundo lugar, que en las condiciones venezolanas la lucha por la liberación nacional pasa necesariamente por el combate por las libertades democráticas, la soberanía popular y el rechazo violento de la contrarrevolución. Aquí, emparentamos entonces con todo lo señalado anteriormente. Tenemos una etapa democrático-nacional de la revolución, que es la que tratamos de culminar actualmente. Y, en segundo término, tenemos también una

etapa patriótico-socialista, como fase de transición hacia la etapa plenamente socialista. Nosotros hemos querido realizar la segunda etapa, sin haber completado todavía la primera. Ésta es la cuestión de fondo, ideológica y gnoseológica, en todo análisis autocrítico de nuestros errores. Éste es el error ideológico fundamental, la confusión existente en torno a las etapas estratégicas de la revolución, puesto que esta actitud en el pasado reciente, ni siquiera fue consciente, tomada premeditadamente así, sino producto del empirismo y el dogmatismo, en su desarrollo espontáneo, aún dominantes en nuestros cuadros de dirección.

El combate por las libertades democráticas está en primer plano. Es el punto álgido de la vida política del país. Facilita nuclear en torno a él un sinnúmero de problemas políticos de las masas. Es asequible al grado de conciencia adquirido hasta ahora por nuestro pueblo.

Se ha puesto en práctica la dictadura de la democracia reformista como un terrorismo atroz, que no respeta vidas ni tiene escrúpulos de ningún tipo para diezmar revolucionarios y gentes sencillas de pueblo. Hay la complicidad moral de la gran prensa, de los medios de comunicación de masas, de las diversas instituciones sociales, que se hacen los sordos ante el asesinato y la tortura diaria. Hoy, este problema se vincula con el próximo proceso electoral y la derrota de Acción Democrática como partido de gobierno. ¿No es evidente que la dirección de este partido no se dejará arrebatar la tajada del gobierno por un simple proceso electoral? ¿No es manifiesto que se viene cocinando un fraude electoral continuista? ¿Acaso no maduran cada vez más las condiciones para un nuevo "golpe de Estado"?

Todo esto significa que la lucha por las libertades democráticas, por la auténtica soberanía popular y por el rechazo violento de la contrarrevolución sigue siendo un objetivo

central en los combates políticos de nuestro pueblo por su liberación. Entre paréntesis, si, por ejemplo, llegase a ser evidente el triunfo del candidato más popular, o bien que ganase en las urnas, es evidente que se tratará de hacerle fraude y desconocerle su triunfo; incluso, si llegase a tomar el poder, posteriormente se pretenderá derribarle mediante una intencionalidad militar. ¿No significa todo esto, que es posible aquí —como en el año 1965 en Santo Domingo— un frente amplio de fuerzas que desarrolle la guerra civil contra los golpistas reaccionarios que pretendan desconocer los resultados electorales, o bien realicen un fraude continuista, etc.? Esto evidencia con fuerza como está latente y presente el problema de las libertades democráticas, en el camino de llevar a cabo la revolución venezolana.

En consecuencia, reconocer este error quiere decir, en nuestra opinión, dar un poderoso paso de avance en el camino de fortalecer la revolución y las formas superiores



de lucha. Significa aprender del pasado reciente, en un espíritu amplio, realmente auto-crítico, que estimule la unidad de las fuerzas revolucionarias para enfrentarse al enemigo común, ante las amenazas tempestivas de crisis, y no que se incendie aún más las hogueras de las diferencias y de la división. Es en esta perspectiva que hemos anotado nuestra tesis esta noche, en el cometido de contribuir a desarrollar las fuerzas revolucionarias de nuestro país y no a debilitarlas.

#### **4. La dirección acertada de la revolución** *(lo decisivo)*

Siempre nos hemos caracterizado por destacar el papel del factor subjetivo en la vida social y en la historia, en lucha contra las interpretaciones mecanicistas del marxismo. Ahora venimos a sostener su importante papel en la conducción y triunfo de la revolución. El factor subjetivo representa la función de la dirección consciente, científica y revolucionaria a la vez, en el combate. Significa el

papel de lo político-ideológico, de lo subjetivo, de la lucha de opiniones por la verdad. Por eso, como dijimos antes, es el factor decisivo, una vez operado el desencadenamiento determinante de los procesos. Es el rol de lo consciente en la vida social. En lugar de destruir relaciones de producción (base económica) o poderes políticos, aniquila las viejas ideas y forja otras nuevas, en correspondencia con las nuevas condiciones históricas concretas advenidas socialmente.

Mientras el problema del carácter de la revolución se refería a la estructura económico-social de un pueblo, mientras la cuestión de las fuerzas motrices apunta al asunto del poder político y los gobiernos, el problema de la dirección de la revolución tiene que ver con la ideología (teoría) revolucionaria y su función práctico-social.

En pocas palabras, el papel de la dirección como factor subjetivo acelerador del proceso social objetivo consiste en elevar la concien-

cia (lo ideológico), la organización (el partido, los instrumentos estratégicos de la revolución), la unidad (estructuración del frente de fuerzas revolucionarias y progresistas) y la combatividad (el espíritu de pelea, el ejército popular) de las masas populares. Ésta es la función fundamental de la vanguardia revolucionaria. Es el papel subjetivo llamado a ser cumplido por el partido, por la dirección, por los jefes y las personalidades en la historia. Es el compromiso que la vanguardia ha contraído responsable e históricamente con el pueblo, con las clases revolucionarias, con toda la retaguardia de la revolución.

Podemos contar con una situación concreta en la cual lo objetivo, tipificado en lo económico-social, esté maduro, y lo objetivo-subjetivo, representado por las clases sociales en pugna por el poder, esté suficientemente desarrollado en espera de la oportunidad requerida para el desencadenamiento de los acontecimientos; sin embargo, si no hay una dirección acertada, la revolución puede per-

derse y la oportunidad y los errores de la dirección atrasar considerablemente el avance de la revolución. Ésta es la importancia decisiva que tiene este elemento, una vez vigentes los factores condicionantes y determinantes. De allí, la necesidad de estudiarlo con detenimiento en aras de robustecer las fuerzas revolucionarias de nuestro país.

Las dos tesis que vamos a destacar, en relación al papel de la dirección correcta, como factor decisivo, en la conducción y sostenimiento de la revolución, son:

1. La cuestión de ser capaz de escoger y aplicar la vía acertada de la revolución, que corresponda adecuadamente a la situación objetiva y subjetiva que vive nuestro país.

2. Poder desarrollar consecuentemente la lucha ideológico-política contra las tendencias oportunistas e "izquierdistas" en el seno del movimiento revolucionario, con altivez leninista y profundidad científica. Vamos a tratar de resumírselas con las próximas ideas.

#### **4.1. Saber escoger y ser capaz de aplicar la vía acertada de la revolución**

Como se comprenderá, no basta con apreciar correctamente la etapa de la revolución que atravesamos, según el carácter de la misma (lo condicionante), tampoco con precisar en forma concreta el estado de la correlación de fuerzas de clases (enemigas y amigas de la revolución) estratégicamente, según el papel de las fuerzas motrices (lo determinante), sino que es necesario, además, saber escoger y realizar en la práctica el camino justo de la revolución, según sean las condiciones objetivas y operen las subjetivas, en la situación histórica que vive nuestro país.

Esto replantea el problema, en términos universales, de la vía de la revolución, tan debatido últimamente.

Quisiéramos resumirles nuestra opinión en pocas palabras. Nosotros creemos que solamente hay, en términos generales, un ca-

mino de la revolución: el violento, el no-pacífico. De allí el nombre: vía revolucionaria, camino de la revolución. Hablar de una posible vía pacífica de la revolución es un contrasentido lógico y un disparate histórico, puesto que se contradice la misma idea y hasta ahora, que sepamos, no ha existido integralmente una revolución que se realice solo bajo las formas pacíficas. En todo caso, lo justo sería denominarla *vía evolucionista*, de cambios sustanciales graduales, pacíficos. Pero, en esencia, tal vía no es revolucionaria, en sentido estricto. Desde luego, esto es diferente a la cuestión de la *vía pacífica al socialismo* o al mismo comunismo, justamente, porque en dicha "vía pacífica" se supone la adquisición de cambios sustanciales por vía gradual, evolutiva, y no revolucionaria, explosiva.

La vía pacífica al socialismo es un asunto completamente distinto a la vía pacífica de la revolución. Alertamos sobre esta diferencia vital, puesto que muy a menudo, amparándose en dicha confusión, penetran en el seno

de la teoría revolucionaria importantes ideas que revisan realmente el pensamiento marxista sobre la revolución. La confusión deriva de la necesidad de esclarecer que una vez realizada una revolución en una etapa estratégica determinada (por vía violenta, desde luego), es factible lógicamente cumplir las otras etapas de la misma pacíficamente. Es como si los profundos cambios acaecidos en los países socialistas posteriores a su revolución hubiesen sido producto de nuevas revoluciones sociales o algo por el estilo. Desde luego, esto es un absurdo. Han existido los cambios, modificaciones estructurales profundas, pero han sido producto de una marcha evolutiva de la sociedad sobre la base de cambios cualitativos graduales. La primera revolución, al ser realmente profunda, asegura las bases para todas las futuras transformaciones posteriores, en la medida que se garantice una doctrina revolucionaria y científica que guíe las grandes obras de la sociedad socialista.

Para Marx, la revolución es sinónimo de violencia, de camino no pacífico. Así lo confirma, entre otros, su célebre texto, tantas veces citado, de 1872, en el discurso pronunciado en Ámsterdam, cuando, sosteniendo la posibilidad de la vía pacífica al socialismo para ciertos países, oponía expresamente a dicha vía “la palanca de la revolución” —como la alternativa contraria—. Del mismo modo afirmó, en esa oportunidad, que por la vía pacífica se conquistaba solamente el derecho de gobernar, pero no el poder de gobernar. Para esto último hacía falta la fuerza real de la revolución, capaz de aplastar la resistencia de la maquinaria burocrático-militar del Estado burgués. Por todo lo cual dejaba claramente sentado su pensamiento.

Hasta ahora, la historia de las revoluciones socialistas conoce dos grandes vías extremas en la realización de la revolución: la insurreccional soviética y la guerra popular china. Cada una de estas experiencias históricas responde a caracteres específicos y nacionales



de esos países, que no debemos tratar de aplicar mecánicamente, pues cometeríamos serios errores —como ya sucedió en el pasado—; pero, al mismo tiempo, poseen elementos de validez universal que debemos saber estudiar, asimilar y aprovechar para el desarrollo de nuestra revolución. Justamente en torno a estos dos grandes caminos extremos se coloca en términos generales el gran debate nacional acerca de la vía de la revolución venezolana. ¿Cuál es el posible camino de nuestra revolución democrático-nacional? Éste es un problema crucial.

La dirección revolucionaria tiene la responsabilidad histórica de saber escoger y ser capaz de aplicar acertadamente el camino de nuestra revolución. Aparte de la idea general de que cada pueblo escoge su propio camino y de que los acontecimientos históricos no se repiten, la única cosa cierta que levantamos hoy —ante los errores recientes de transplantes esquemáticos de experiencias en otros países— es que el sendero venezolano

de su revolución será una combinación de uno y otro camino. Desde luego, esta afirmación no hace sino evidenciar una generalidad. Sin embargo, esa generalidad es, metodológicamente, importante.

El problema concreto —más práctico que teórico— de estos últimos años es: ¿cuál de los dos caminos extremos habrá de prevalecer en el curso de la revolución venezolana? Si hacemos un análisis estático, exclusivamente de los factores condicionantes (económicos, demográficos, etc.), la tendencia sería el predominio del camino insurreccional, realizándose la revolución principalmente en las ciudades. Pero si tomamos en cuenta la cuestión dinámica, el papel de los factores determinantes, concretamente la actitud que asumirá probablemente el enemigo, en especial el imperialismo norteamericano, entonces, vemos claramente la importancia de la guerra popular y de la guerrilla en el campo (que es algo diferente a la guerrilla campesina). Otro tanto podríamos decir en relación

a un análisis aislado y “puro” de la revolución venezolana fuera de la situación internacional y de América Latina, en vez de un diagnóstico de la misma como parte de la revolución latinoamericana en la actual situación mundial.

Aparte de esas diferencias, es necesario traer a colación la dialéctica interna que caracteriza las relaciones de precedencia o posterioridad entre la insurrección y la guerra popular. Queremos decir que una cosa es la insurrección con una situación previa de paz política, en la cual ella deviene en el objetivo principal que le imprime un contenido revolucionario a la lucha, puesto que persigue la elevación de ésta a formas superiores y otra muy distinta es una insurrección sobre la base de un camino ya andado de resistencia armada —por embrionaria que haya sido ésta. En este segundo caso, el objetivo insurreccional cumple exactamente el cometido opuesto: se transforma de hecho en el único argumento —en el seno de las fuerzas revo-

lucionarias— para imponer la paz. Esto significa que la lucha armada realizada históricamente hasta ahora no ha sido un simple papel en blanco, sino que forma parte importantísima de los factores a tomar en cuenta a la hora de trazar el camino de la revolución venezolana. Esto significa evaluar el factor histórico reciente.

Desde luego, se trata de un cambio sustancial que se opera en la forma insurreccional, como fórmula exclusiva de revolución o bien como parte de una lucha superior que utiliza otros métodos de combate. No es lo mismo la insurrección popular a lo clásico, a la manera soviética, que la insurrección dentro de una resistencia popular, combinada con otros métodos de lucha armada, por ejemplo, las insurrecciones sucedidas en el curso de la revolución y la guerra vietnamita. En este segundo ejemplo —que ya objetivamente, querámoslo o no, con origen legítimo o viciado, hemos tenido—, se plantea la situación en Venezuela, por lo cual el análisis

tiene que rebasar los meros marcos abstractos generales de una insurrección que se realizó en la Rusia zarista hace ya 50 años, y concretarse a la Venezuela de 1968.

En consecuencia, nuestra opinión personal al respecto se puede resumir en las siguientes ideas:

1. Las condiciones objetivas estáticas son favorables en líneas generales al camino insurreccional clásico, como posible vía de la revolución venezolana. Estas condiciones son: demografía, economía, aspecto social, papel del campo y la ciudad, etc.

2. Las condiciones objetivas dinámicas, de carácter histórico y político, particularmente el enclavamiento de Venezuela en el conjunto de América Latina y su importancia estratégica para el imperialismo norteamericano, además de la reciente experiencia política de resistencia armada en el país, hace casi inevitable una intromisión yanqui armada, lo cual

pone en primer plano la importancia de la guerra popular y la necesidad de su preparación mediante los focos guerrilleros. De este modo, entonces, se desprenden dos líneas de desarrollo que de ningún modo son excluyentes: preparar la insurrección en las ciudades y desarrollar la lucha guerrillera en los campos.

3. El predominio de uno de los dos caminos —que, entre paréntesis, siempre será relativo, puesto que necesitarán la complementación inevitable del otro— no tanto dependerá de la situación objetiva presente o estática, sino del ulterior desarrollo que tomen los acontecimientos, según sea la actitud que asuma el enemigo, sus dificultades principales, el progreso auténtico de las fuerzas revolucionarias, etc.

Si (a), el enemigo pasa a la ofensiva abierta mediante la dictadura militar-policíaca (como viene sucediendo desde el Sur), o bien, me-

diante su propia invasión armada, hace predominar sin duda alguna las formas diversas de la guerra popular revolucionaria; pero si (b), el enemigo logra —como es su objetivo actual— la institucionalización de la dictadura de la democracia reformista o representativa, a través del parlamento y el juego democrático-burgués, entonces, prevalecerá, en una u otra forma, el camino de la insurrección popular. Preparados en una y otra vía, tanto en las ciudades como en el campo, en el cuadro actual de las luchas recientes, las fuerzas revolucionarias deben levantar uno u otro camino con mayor énfasis según sea el desarrollo ulterior de los acontecimientos, según sean las medidas que ponga en práctica el enemigo para combatirnos. De este modo, es como nosotros vemos, en líneas generales, el problema de saber escoger y ser capaz de aplicar la vía acertada de la revolución venezolana, tarea mínima indispensable

a toda dirección de la revolución.

## **4.2. Necesidad de la lucha ideológica para hacer avanzar la revolución**

Este segundo problema significa comprender en toda su fuerza el papel del factor ideológico, como estrato social decisivo, en la vida general de la sociedad, especialmente en la conducción y sostenimiento de las revoluciones de los pueblos.

Lenin le imprimió una importancia extraordinaria al papel de la teoría respecto a la práctica revolucionaria. Y es natural que sea así, al tratarse no de una teoría cualquiera, sino justamente, de la teoría científica y revolucionaria del proletariado. Mediante esta doctrina se persigue transformar radicalmente las estructuras sociales vigentes; en consecuencia, ella tiene un poder decisivo en la elevación y robustecimiento de las fuerzas revolucionarias en comparación con el poder contrarrevolucionario instaurado en el gobierno. Marx colocó la totalidad de su obra científica como



prueba fehaciente de la necesidad de elevar el conocimiento veraz de la realidad social de su época, como primera condición indispensable para transformar dicha realidad. Recuérdese el giro copernical impreso a la filosofía, que dejó de ser simple teoría interpretativa del universo, para devenir en un arma transformadora del mundo, el hombre y el propio pensamiento.

Existe un texto de Lenin de 1911, poco conocido, que en los últimos años nos hemos dado a la tarea de divulgar, por toda la importancia que previmos debía tener en el curso de la problemática ideológica que atraviesa el movimiento revolucionario. Según ese texto, Lenin señala lo siguiente en relación al *papel de la lucha ideológica* en el seno mismo de las fuerzas revolucionarias:

1. No basta un programa de objetivos revolucionarios, puesto que con él, lo que se logra nuclear es un pequeño grupo de intelectuales revolucionarios.

2. No basta tampoco una conducta táctica diaria, al menos enseñada por la propia dinámica espontánea de la práctica política, en torno a un determinado cuerpo de consignas tácticas mínimas, puesto que con ello lo que se obtiene son determinados grupos de activistas, pero nada más.

3. Es necesario el incremento creador y respetuoso de la lucha ideológica, dirigida especialmente contra las tendencias desviadas, que deslinde claramente lo que es ultraizquierdismo y derechismo, en lo teórico, estratégico y táctico, así como en la aplicación diaria de la línea política, organizativa, de masas, militar e ideológica, ante cada problema concreto.

De este modo, no basta elaborar una línea política, estratégica y táctica, sino que es necesario también dar el combate contra lo que no constituye en esencia la verdadera aplicación de esa línea política. No es suficiente

decir "éste es el camino", sino que hace falta asimismo precisar "lo que no es el camino", las desviaciones, y combatirlas ideológicamente. Solo llegados a esta fase, el movimiento revolucionario adquiere madurez y suficiencia para pasar a la ofensiva contra las huestes del enemigo.

Hoy tenemos que lamentar el estado de división política y de confusión ideológica que vive el movimiento revolucionario en Venezuela. Esto es, indudablemente, algo negativo. Pero lo positivo dentro de esta situación negativa es el fortalecimiento y la necesidad de la lucha ideológica en el seno mismo de las fuerzas revolucionarias.

De ninguna manera la lucha por la verdad, el enfrentamiento de opiniones divergentes entre los revolucionarios, debe conducir ineluctablemente a la división y la pelea intestina. En absoluto. Objetivamente, eso está en interés del imperialismo y sus objetivos anti-revolucionarios en Venezuela. Sin embargo,

hemos llegado a esa situación de división y enfrentamiento por falta de madurez y de nobleza revolucionaria. Ello ha sido así por el estilo y la forma que ha asumido la lucha ideológica últimamente en Venezuela. Según este estilo se ha confundido la diferencia de opinión o, en todo caso, el error teórico de una u otra posición política con la posición práctica frente al enemigo.

Nos hemos cansado de repetir, una y mil veces, en uno y mil cursos, que las contradicciones entre los revolucionarios son de carácter completamente distinto a las contradicciones que tenemos nosotros con el enemigo de clase y político. Mientras esta prédica era un simple problema teórico, todos la aceptábamos y aplaudíamos. Pero, ahora, cuando se trata de una cuestión práctica, cuando llega el momento de su aplicación, mandamos ese principio al diablo y nuestra reacción frente al revolucionario equivocado o que no comparte nuestras ideas es emotiva, sectaria e insultante, tratándolo de hecho como si fuese un enemigo de la revolución y

no un amigo con tesis divergentes.

Al enemigo es necesario combatirlo acerbamente sobre la base de que nos separa un antagonismo de clase, la lucha antineocolonial. Al revolucionario equivocado, en cambio, no se le puede tratar con ese método, sino como amigo, pero que en los presentes momentos sostiene una tesis errónea o equivocada. Es necesario respetar las diferencias entre los revolucionarios, para no caer en las peleas fratricidas, donde los únicos que salen ganando son los imperialistas norteamericanos y sus socios criollos: Betancourt, Carlos Andrés, Caldera y Cía. Hay que erradicar de nuestro estilo los epítetos infamantes, de una parte y de otra, sin excepción, porque eso no es en ninguna forma lucha ideológica revolucionaria, sino pelea sectaria innoble. Quien para combatir una tesis que considera errónea tiene que llegar al insulto y al cliché en la catalogación del contrario, lo que demuestra de hecho es que no tiene argumentos científicos y valederos para demostrar sus ideas y se ve constreñido a recurrir a epítetos infa-

mantes, debilitando con ello su propia posición teórica. Es decir, plantea la pelea en el único terreno donde se encuentra capaz de ganar: el terreno bajo y corrupto de los insultos y los epítetos, denigrativo de toda persona que se considere realmente revolucionario y marxista-leninista.

Necesitamos hacer esfuerzos por promover una lucha ideológica de altura científica y altivez leninista, que corresponda a la naturaleza revolucionaria de quienes combatimos en una misma trinchera contra el imperialismo y el gorilo-betancourismo —no importa las actuales divergencias tácticas, estratégicas e incluso teóricas que puedan subsistir.

Quiero que se me entienda bien. No estoy propugnando el cese de la lucha ideológica entre los revolucionarios. Exactamente lo contrario. Uno mi voz —no desde ahora, sino desde hace mucho tiempo— a quienes creemos realmente que el marxismo-leninismo

no es un simple grito a la bandera, sino que sus principios y orientaciones son vivos y reales, como la carne y la sangre de nuestros cuerpos. De allí que la lucha ideológica entre los revolucionarios sea una necesidad. Pero no la lucha administrativa y burocrática, especie de comedia o teatro, que esquiva las auténticas diferencias de fondo sobre los distintos problemas. No. Tampoco la lucha baja e insultante en los momentos de divergencias evidentes entre los revolucionarios. Sino una lucha de nobleza leninista y profundidad científica, en aras de la verdad, en función de obtener en el curso de ella una unidad revolucionaria más genuina, esencial y mayoritaria.

Basta ya de que los principios teóricos fundamentales sirvan solo para levantarlos prosopopéyicamente. Ellos se encarnan, justamente, en los momentos maduros, objetivamente, cuando la realidad sociopolítica así lo exige. Esta realidad nos ha pedido que apliquemos el principio de la unidad y la

lucha entre los revolucionarios y progresistas, y no podemos una vez más desoír la voz latente del leninismo. Necesitamos hacer una lucha ideológica que nos conduzca a una unidad ideológica superior. En la forma como se realiza el actual debate no cumplimos con esa exigencia, sino que más bien damos ganancias a los intereses del enemigo, que desea vernos justamente como “perros y gatos” en nuestra propia casa.

Si logramos salir avante del pantano político-ideológico en que nosotros mismos nos hemos colocado, para vergüenza de la revolución y alegría de sus enemigos, debemos desarrollar el combate de las ideas por la verdad con altura revolucionaria, tal como nos lo enseña una y mil veces Lenin. De este modo saldrá ganando la propia revolución, al precisar con mayor claridad y amplitud sus preceptos teóricos fundamentales. De este modo transformaremos lo negativo y desfavorable hoy en una coyuntura favorable y positiva mañana, que nos permita dar un salto



hacia adelante de carácter ideológico, indispensable en los presentes momentos críticos para el progreso de la revolución venezolana.

## **5. Resumen y conclusiones generales**

Estas son las ideas que deseábamos exponerles. Agradezco la atención que han tenido al escucharnos. Espero que ellas puedan ser objeto de un análisis crítico por parte de ustedes, análisis que espero con impaciencia para valorar con mayor objetividad mis propias ideas.

De todo lo anterior, debemos resumir las conclusiones fundamentales:

1. Necesitamos, al estudiar la revolución venezolana, interpretar dialécticamente el papel de los factores condicionantes (carácter), determinantes (fuerzas motrices) y decisivos (dirección acertada) de la revolución venezolana, como la síntesis concreta entre los elementos objetivos y subjetivos indis-

pensables a nuestra revolución.

2. En cuanto al carácter de la revolución venezolana, hemos destacado dos tesis fundamentales:

a) El neocolonialismo inherente a Venezuela como nación, como transformación operada en el campo de los oprimidos en relación a las modificaciones acaecidas al imperialismo y el capitalismo en el campo de los opresores y las metrópolis;

b) La etapa democrático-nacional que actualmente atraviesa la revolución venezolana como un tipo peculiar de revolución antineocolonial, que hace posible el tránsito ininterrumpido al socialismo, gracias al papel hegemónico del proletariado en el curso de la revolución democrático-nacional y patriótico-socialista.

3. En cuanto al papel de las fuerzas motrices fundamentales de la revolución venezolana queremos poner de relieve:

a) La casi inexistencia y debilidad económica de la burguesía nacional en Venezuela, por la actitud avasallante del neocolonialismo, que trastoca sustancialmente la actitud y el desarrollo objetivo de la embrionaria y potencial burguesía venezolana.

b) La lucha antineocolonial en Venezuela no corresponde, como clásicamente se ha sostenido, a la etapa democrático-burguesa, sino a la fase de transición patriótico-socialista de la revolución venezolana, todo lo cual implica una revaloración radical de la estrategia y la táctica aplicadas hasta ahora.

4. En cuanto a la dirección acertada de la revolución propugnamos:

a) La necesidad es escoger acertadamente y saber aplicar creadoramente la vía de la revolución que corresponde a las condiciones objetivas y subjetivas de Venezuela.

b) Desarrollar con altura y consecuencia la lucha ideológica contra las tendencias desviadas, a la izquierda y a la derecha del camino emprendido, tanto en lo teórico, como en lo estratégico, táctico y práctico.

Tales son, en líneas generales, las ideas que queríamos exponer respecto al importante tema, escogido por ustedes, acerca del carácter de la revolución venezolana.

### **Apéndice: Luchar, luchar bien, luchar con alegría<sup>(5)</sup>**

Hay una frase de Julius Fucik que también ha hecho historia, recorriendo el mundo por sus cuatro costados. En torno a ella, queremos glosar algunas ideas, en ocasión de este importante y simbólico momento que hoy celebramos. En su *Reportaje al pie del patíbulo*,

<sup>5</sup> Fragmentos del texto de las palabras del autor al inaugurar las Jornadas de Solidaridad con los presos políticos de Oriente en la Cárcel de La Pica, el 1° de octubre de 1966.

Fucik escribió: "Y lo repito una vez más: he vivido por la alegría, por la alegría he ido al combate y por la alegría muero. Que nunca la tristeza sea unida a mi nombre".

De este modo, la alegría se ha unido al combate. Y ha plasmado una nueva cara del revolucionario integral: el que no solo lucha y trabaja por hacerlo bien, sino que lo hace con la sonrisa en los labios. Esta nueva cara, tan profundamente humana del combatiente, es la que queremos destacar hoy, a manera de símbolo, respecto a la difícil situación que vivimos y que confronta el movimiento revolucionario venezolano. También un venezolano ejemplar, en los últimos momentos de su vida y su cautiverio, en el adiós postrero a su madre, supo aconsejar igual actitud: sonreír bajo el dolor. Porque estamos empeñados en una lucha sin cuartel contra los opresores, contra los que tienen el poder, contra los usufructuarios de las grandes riquezas de nuestra patria y de nuestro pueblo, es por lo que debemos seguir el mandato póstumo de Pío

Tamayo y de Fucik. Es decir, revestirnos de serenidad y sensatez, teniendo siempre la convicción —o, al menos, la ilusión— de poseer cada uno fuerzas suficientes para resistir hasta el final y salir avante en el combate. Desde luego, inevitablemente, unos caemos —física o moralmente—; pero por cada caída de un combatiente de la libertad, cientos y miles se incorporan, haciendo de la limitación individual, de la resistencia personal agotable, una cantera infinita de recursos humanos imposibles de doblegar en el curso de toda una trayectoria histórica. Por eso, cayendo —como escribió Fucik—, es necesaria la alegría:

Yo he pensado siempre en lo triste que resulta ser el último soldado herido en el corazón por la última bala y en el último segundo. Pero alguien tiene que ser este último. Si supiera que puedo ser yo, querría serlo aún ahora... he vivido por la alegría, por la alegría he ido al combate y por la alegría muero. ¡Que nunca la tristeza sea unida a mi nombre!

Amparado en este propósito, creo que nos

puede ser útil referir nuestras palabras al significado de la rebeldía revolucionaria que hoy sacude a la juventud venezolana. Y este significado lo he visto concretarse en tres facetas muy claras: luchar, luchar bien y luchar con alegría, que a nuestro modo de ver corresponden a los objetivos respectivos planteados por tres exigencias mínimas: ser honestos para contribuir a formar; ser capaces para saber dirigir; en fin, ser comprensivos para tener la posibilidad de entusiasmar... a la juventud, al proletariado, al pueblo venezolano. Justamente estas exigencias mínimas las planteó Lenin como condiciones indispensables del dirigente revolucionario. Veámosla, entonces, en función de lo que debe ser el verdadero cuadro de la revolución.

La personalidad de los diversos tipos de dirigentes está moldeada por las condiciones de tiempo, de las tareas históricas planteadas, de la clase y lucha de clases existentes, en fin, de los partidos políticos y sus luchas. De este modo, las clases tienen jefes de variados tipos.

Lo básico y fundamental del verdadero dirigente revolucionario es su espíritu de rebeldía. Éste se manifiesta, en primer término, en luchar, es decir, en la simple lucha. Es la fase espontánea de su actividad dirigente respecto a las masas del pueblo a las cuales se encuentra ligado. En este punto, el dirigente debe combatir la tendencia a la resignación que es el anticuerpo número uno de la revolución, que pulula siempre en su conciencia, de una y mil formas distintas. La rebeldía aniquila la resignación. La lucha como primera expresión práctica de la rebeldía es el antídoto necesario que condiciona toda posibilidad de llegar a ser y de ser un cuadro revolucionario.

Pero, de seguidas, el espíritu de rebeldía de simple lucha se transforma en una fase determinada, en luchar bien, es decir, en una batalla acertada que el revolucionario libra, gracias a la experiencia de luchar y al estudio de la realidad donde se mueve. Entonces es cuando la ideología revolucionaria penetra en



la conciencia del dirigente y combate a muerte la resignación revestida en conciliación, oportunismo, debilidad ante las dificultades, inconsecuencias. solo una formación teórica constante, como generalización de las experiencias revolucionarias de los otros (pueblos, partidos, dirigentes), que se sepa asimilar integral y no folletinescamente, es garantía segura de aniquilar este segundo enemigo siempre presente en el espíritu de todo dirigente.

Por último, como síntesis, vamos entrando en la fase de luchar con alegría. Entonces se combate integralmente, imbuidos de una profunda convicción de la que nada ni nadie nos hará desistir. Pero de nuevo el soterrado enemigo asoma como incomprensión, como subjetivismo —incluso en esta fase. Es la apatía transformada en hábito, que se cree ya, por haberlo sido, quizás, antes, el magister *dicet*, el *diktak* absoluto... Entonces hay ausencia de mensaje, falta de inspiración, divorcio objetivo con las circunstancias y el querer de las masas.

Solo la comprensión y la toma de partido total son la garantía contra este subjetivismo y este burocratismo, de manera que aún en las situaciones más difíciles podamos, con la sonrisa en el rostro, enfrentar los obstáculos y salir avante ante las dificultades. Luchar, luchar bien y luchar con alegría como manifestaciones del espíritu de rebeldía contra el espíritu de resignación son las tres facetas sucesivas del cuadro revolucionario necesarias para ganar a las masas populares y obreras para las posiciones y tesis democráticas, nacionalistas y socialistas.

La lucha, como primera fase, es la expresión espontánea de la actitud revolucionaria natural. Luchar es una actitud honesta ante la vida. Frente a la injusticia y la miseria patente a nuestros ojos se responde con ese acto natural tipificado en el combate: la honestidad de luchar. A menudo hay el peligro de la deshonestidad, no solo porque se pueda llegar la traición, sino incluso por llegar al vicio, a la mezquindad, al egoísmo, a la bajeza de espí-

ritu, a la falta de nobleza revolucionaria. Todas estas cualidades son expresiones de una conducta ímproba. Por eso el enemigo interno elemental y básico de la revolución es la deshonestidad que conduce al *gansterismo* y la corrupción. La lucha contra ella es el deber del dirigente, a cada instante, en cualquier lugar, no importa contra quién. El dirigente, para ganar a las masas, tiene que ser honesto, incorrupto, sean cuales fuesen las circunstancias, no importa los llamados a la "realidad" y a la sensatez que se hagan desde la acera de enfrente. Con tales ejemplos de jefes es como se forman las masas y la juventud. Tal es la rebeldía y la revolución reflejada en la lucha.

Pero, desde luego, no basta luchar. Es necesario luchar bien. Los soviéticos han dicho que no basta saber, sino que es necesario ser capaz de hacer. Los camaradas chinos señalan, en el mismo sentido, que no es suficiente atreverse a luchar, sino que es indispensable saber hacerlo. Esta segunda faceta exige el co-

nocimiento, el saber, la teoría, para no equivocarse, para triunfar, para que la batalla no sea simplemente espontánea. No es ya una práctica ciega, sino consciente, dirigida, racional. Requiere el conocimiento de la verdad objetiva para sostener y conducir mejor la lucha. Se pone entonces de relieve la importancia de la teoría, del saber, como exigencia práctica inevitable. Esto implica una seria responsabilidad para el cuadro revolucionario: significa la necesidad de estudiar, exige el máximo dominio teórico y práctico de las principales cuestiones planteadas, fusionando los principios universales científicos con la problemática nacional revolucionaria.

En consecuencia, luchar bien significa capacidad: saber hacer las cosas. Es en la capacidad de hacer donde en definitiva se demuestra la genuina actitud revolucionaria, donde se comprueba el carácter de dirigente. No se trata solamente de querer hacer la revolución, de tener disposición para ella y sa-

crificar la vida —que es condición indispensable de todo cuadro—, sino que es indispensable que el jefe convierta esta volición en realidad y muestre en la práctica que es capaz de dirigir acertadamente, de realizar en los hechos lo que formula en teoría. El peligro aquí radica en la incapacidad, como segundo enemigo interno de la revolución: incapacidad que conduce y a su vez está minada por el empirismo, el burocratismo y el teoricismo. El dirigente tiene que destacarse por su lucha contra la incapacidad, donde ella se encuentre, particularmente en su propio pellejo. Esto es lo único que garantiza el triunfo en el combate. Por eso, *no basta luchar y ser honestos para ganar a las masas, sino que es necesario ser capaces para poder dirigirlas*. Por eso el dirigente requiere capacitarse: disminuir a un mínimo los errores, aprender de nuestra propia experiencia, estudiar la experiencia de los otros y los otros países, elevar la comprensión de los problemas nacionales, en fin, entrenarnos más y más en los combates de la vida diaria.

Además de luchar y luchar bien, hace falta luchar con alegría. Las situaciones más difíciles, los obstáculos aparentemente insalvables, los momentos desfavorables de la batalla, especialmente cuando lindan con lo personal, necesitan ser recibidos, asimilados y superados con alegría de espíritu, con la sonrisa en el rostro, con la profunda convicción de que estamos en lo cierto y levantamos las banderas más preciadas de la justicia, la verdad, la belleza, la libertad y la razón. Es la tercera fase de la rebeldía que sintetiza la práctica espontánea y la práctica teórica: es una práctica integral. Vuelve en espiral a la primera instancia combativa, pero cristalizada ya por el saber. No podemos hacer un abismo entre el fin de felicidad que perseguimos y no haberlo conquistado aún en el presente momento de la revolución. Necesitamos imponernos a todas las circunstancias, por aflictivas que sean. La sonrisa en el rostro del revolucionario es lo que mejor define esta actitud. *La sensatez fusionada con la alegría mueve montañas. Es la*

*actitud honesta combinada con la capacidad.*

Luchar con alegría significa comprensión. Podemos entender, en teoría, una determinada posición, pero si no la compartimos, entonces, en verdad, no la comprendemos. La comprensión es el entendimiento más la toma de partido total, una vez realizada la síntesis integradora. La comprensión brota de la convicción profunda que da la seguridad de la lucha, de estar en el camino cierto, que nada ni nadie —por adversa que sea la situación— nos hará desistir. El peligro, entonces, es la incompreensión, la falta de una visión de conjunto de los variados problemas, el subjetivismo. Por eso, ella tipifica la posición subjetiva, el divorcio entre las directivas y orientaciones de la dirección y la realidad concreta donde habrán de verificarse esas directivas. La visión sensata, objetiva y global de los problemas es contraria a todo subjetivismo —vístase como se vista—. La lucha contra él es el tercer gran deber de todo dirigente revolucionario. Ser comprensivos en todas las circunstancias, en las tareas peque-

ñas y diarias como en las grandes y permanentes, en las situaciones desfavorables como en las favorables, ante las dificultades y frente a las facilidades, quiere decir entusiasmar auténticamente a las masas populares, al proletariado, a la juventud. El entusiasmo es la antítesis de la aflicción, de la apatía, de lo habitual y cotidiano. La apatía habitual expresa frialdad, falta de inspiración, ausencia de mensaje, dejarse llevar por las circunstancias, perder el espíritu de rebeldía. En consecuencia, *no basta luchar y luchar bien sino que es necesario luchar con alegría para entusiasmar a las masas para el combate*, tanto el de todos los días como el decisivo de la revolución. Éste es el golpe de gracia que el cuadro revolucionario le asesta a la resignación, a la deshonestidad, a la incapacidad, en fin, a la incomprensión y el subjetivismo. Es en esta fase donde se somete a prueba —en definitiva— la capacidad dirigente del revolucionario total.

Tales son las tres formas de manifestación



del espíritu de rebeldía de los revolucionarios, que sobre todo el dirigente debe saber expresar con mucha fuerza. Lenin hablaba —y escribió— al respecto en una máxima célebre: *corazón ardiente, cabeza fría y pie de plomo*. La combinación de estos tres elementos leninistas es lo que los jefes le exigen a las masas y las masas le exigen a los jefes. En torno a ellos es que se forjan los cuadros de la revolución. Ellos —justamente— representan las tres fases que hemos desbrozado hoy: luchar, luchar bien y luchar con alegría.

El movimiento revolucionario y obrero ha conocido hasta ahora tres tipos fundamentales de jefes políticos. Podríamos resumirlos en tres vocablos —con las consideraciones del caso: *los practicistas, los teoricistas y los leninistas*—. En pocas palabras, los primeros levantan la acción práctica subestimando la teoría revolucionaria; los segundos exaltan la teoría y desdennan la acción revolucionaria; en fin, los últimos son los que saben sintetizar en un solo haz su actividad práctica y teórica, ob-

jetiva y subjetiva, científica y revolucionaria.

Esta clasificación gira en torno a la justa acepción de los términos teoría y práctica. Exagerar el elemento práctico, tanto en política como en cualquier otra actividad humana, conduce al espontaneísmo, al empirismo, al practicismo. La historia del movimiento obrero conoció jefes de ese tipo: audaces y eficientes, pero que adolecían de conocimientos suficientes de la teoría revolucionaria. Están los ejemplos de Blanqui en Francia y Lassalle en Alemania. Esta tendencia condujo al aventurerismo. Estos tipos de dirigentes no pueden permanecer al frente del proletariado. La complejidad y el éxito de sus luchas exigen dotes teóricas además de las prácticas —y estas últimas no lo son de verdad, sino se basan en un profundo conocimiento teórico—. La historia de nuestras luchas nacionales es sumamente rica en este empirismo nuestro ante los diversos órdenes de la vida, particularmente en la lucha política. La marcha ciega, por mística que sea, flaquea

y termina por desfigurar la propia realidad de la cual se ha nutrido. El impulso revolucionario necesita ser completado por la teoría científica.

Pero, igualmente, la exageración del factor teórico, en cualquier actividad humana, como en política, conduce al dirigismo, al objetivismo, al teoricismo. Ello conduce al revolucionario e intelectual a la torre de marfil, a divorciar todos los días nuestras palabras de los hechos, a minar los principios de la ética revolucionaria de la emancipación del hombre en base a determinadas "circunstancias" de la "realidad política". La historia del movimiento obrero también conoce este tipo de líderes, teóricamente fuertes (o, al menos supuestamente), pero débiles como organizadores y en la actividad revolucionaria concreta, Piejanov en Rusia y Kautsky en Alemania son ejemplos elocuentes. Al frente del proletariado revolucionario, en los momentos de las batallas decisivas y más difíciles, trai-

cionaron al movimiento y se pasaron al lado de la burguesía. Esta tendencia conduce a la traición, al oportunismo, al revisionismo. También tenemos mucho de oportunismo en la historia contemporánea de nuestro país. El dirigente leninista se enfrenta a una y otra desviación: ni empirismo ni oportunismo, ni aventura ni traición, ni teoricismo ni practicismo.

A menudo, en el lenguaje común, se confunde el teorista con el teórico y el practista con el práctico. No debemos dar pie a semejante confusión. Un teórico tiene que ser en su campo respectivo un verdadero práctico. Un supuesto teórico que desdeñe la acción no es teórico sino teorista. Esto lo tipifica muy bien el científico en su campo de investigación, donde formula hipótesis (teoriza) y busca comprobarlas mediante el experimento (praxis); *el revolucionario* en medio de las luchas políticas, que debe participar en la práctica y cobrar conciencia de ella elevando su nivel ideológico y político; en fin, el

trabajador en el proceso productivo material, que actúa sobre el objeto de trabajo y al mismo tiempo realiza esta actividad persiguiendo un fin consciente.

Del mismo modo, un práctico tiene que ser en su nivel respectivo un verdadero teórico. Un supuesto práctico que desdeñe la teoría no es práctico sino practicista. Por eso, lo fundamental es compenetrarse con la visión dialéctica del práctico-teórico como una unidad ensamblada. Y, justamente, éste es el tipo de hombre que simboliza al dirigente leninista; esto es, la personalidad histórica, que cumple un extraordinario papel subjetivo en la conducción objetiva de las masas populares. El dirigente revolucionario, la personalidad en la historia, necesita entonces, al mismo tiempo, ser teórico y práctico, en cualquiera de los campos más importantes de la actividad humana: en las luchas político-sociales, en el trabajo productivo material, en el proceso de la investigación científica y de creación cultural y artística, en fin, en el quehacer

de la vida cotidiana.

De allí que para terminar, podemos recoger la siguiente frase de Lenin donde se pone de manifiesto la importancia de las masas populares y la personalidad dirigente en la historia:

El marxismo se diferencia de todas las demás teorías socialistas por la magnífica unión de una completa serenidad científica en el análisis de la situación de las cosas y de la marcha objetiva de la evolución, con el reconocimiento más decidido de la importancia de la energía revolucionaria, de la creación revolucionaria y de la iniciativa revolucionaria de las masas, así como, naturalmente, de los individuos, de los grupos, organizaciones y partidos que saben hallar y establecer relaciones con tales o cuales clases.<sup>(6)</sup>

<sup>6</sup> V.I. Lenin, *Marx-Engels-Marxismo*, Moscú, 1948, p. 216.







# ÍNDICE

**El carácter de la revolución venezolana .....5**

**1. Conceptos fundamentales .....8**

1.1. ¿Qué es la revolución? .....8

1.2. ¿Qué significa carácter  
de una revolución? ..... 18

1.3. ¿Qué designa Venezuela? .....24

**2. El carácter de la revolución  
(lo condicionante) .....31**

2.1. El neocolonialismo  
inherente a Venezuela .....32

2.2. El carácter democrático  
-nacional de la revolución .....38

**3. Las fuerzas motrices de la revolución  
(lo determinante) .....61**

3.1. La naturaleza de la

burguesía nacional .....	62
3.2. La lucha antineocolonial es patriótico-socialista .....	69
<b>4. La dirección acertada de la revolución (lo decisivo) .....</b>	<b>81</b>
4.1. Saber escoger y ser capaz de aplicar la vía acertada de la revolución .....	85
4.2. Necesidad de la lucha ideológica para hacer avanzar la revolución .....	96
<b>5. Resumen y conclusiones generales .....</b>	<b>105</b>
<b>Apéndice: Luchar, luchar bien y luchar con alegría .....</b>	<b>108</b>



